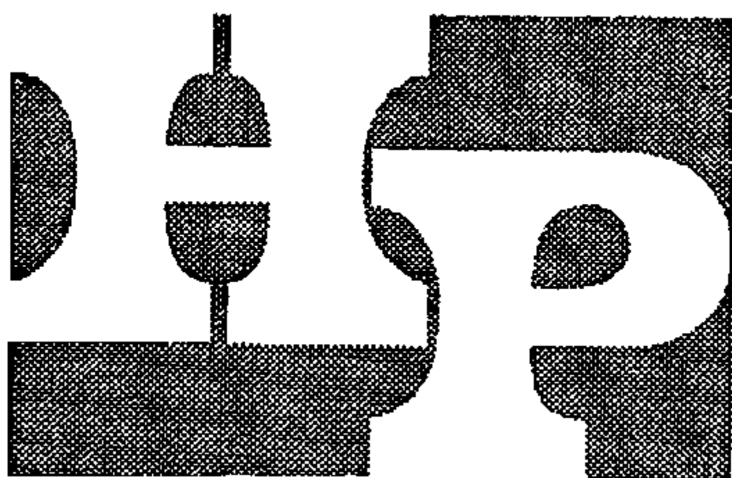


Silver Kane

EL COLT ES MI NEGOCIO





Héroes de la PRADERA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.403 — Sexy-Killer.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
666 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
787 — Cada hombre en su tumba.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
391 — Custer & Murray (Dos ciudadanos pacíficos).

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
78 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.

En Colección BRAVO OESTE:
861 — Ni más ni menos que un hombre.



Silver Kane

EL COLT ES MI NEGOCIO

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 393
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 20.627 - 1977

Impreso en España — Printed in Spain

2ª edición: julio, 1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La comarca ganadera que se extiende del sur del río Arkansas, entre éste y el Cimarrón, hacia los condados de Grant y Haskell, siempre ha sido rica en dos cosas: en pastos y en muertos. Porque resultó una de las zonas más codiciadas en la época de la colonización y donde más sin piedad se luchó por el dominio de la tierra. Y porque los que llegaron a ocuparla ya no dejaron sitio para los demás.

Cualquiera de los que llegaron más tarde sólo pudo hacer una de estas tres cosas: trabajar por cuenta de los actuales dueños, muchas veces en condiciones inhumanas; tratar de matar a alguno de ellos y colocarse en su lugar, o afincarse en uno de los pedazos más estériles de tierra y tratar de progresar desde allí, con lo que sólo conseguía sacrificarse unos años para que al fin los más poderosos le despojaran de todo.

Burns era uno de los hombres que habían escogido ese tercer camino: uno de los que esperaban progresar partiendo de un pedazo mezquino de tierra.

Sabía bien que Kansas estaba gobernada por unos cuantos ganaderos importantes, los cuales formaban un rígido trust. Sabía bien que ellos eran el Estado y eran el poder. Resultaba inútil desafiarlos, a menos que uno quisiera acabar en una tumba.

No era ése el caso de Burns, que no quería ni matar ni morir; simplemente, aspiraba a que le dejasen trabajar.

Mientras avanzaba al galope hacia su casa, bajo el sol implacable de aquel verano, pensaba que al fin iba a conseguir el primer fruto de sus esfuerzos. Llevaba tres años sin descansar ni un día, sin comer apenas más que un mendrugo de pan y sacrificando también a su mujer. Pero el primer paso hacia la riqueza estaba dado; a partir de ahora, todo sería distinto.

Cuando divisó su humilde casucha, hecha de adobes y de paja, sintió que se le ensanchaba el pecho.

Pronto cambiaría aquello. Pronto tendría una casa decente, como los ganaderos acomodados, y unas buenas cercas para las reses, y una cuadra llena de caballos. Sí, el primer paso estaba dado, y ya no volvería atrás.

Saludó alegremente con el brazo al ver la figura femenina que se recortaba en el umbral.

—¡Mónica! ¡Mónica!…

Su esposa le saludó también agitando alegremente el brazo, mientras él descabalgaba ante el porche.

Llevaba sólo tres días sin verla, pero ya le parecía una eternidad. No se habían separado en tres años, excepto cuando él fue a comprar los primeros sementales al Estado vecino, a Nebraska. ¡Pero aquello quedaba ya tan lejos! Se abrazaron y luego él la miró.

¡Dios santo, cómo había envejecido Mónica!

Con sus veintitrés años mal cumplidos, parecía una mujer de cuarenta. La vida en las condiciones más rudas del campo, el hambre y la angustia son cosas que no perdonan. Y eso que Mónica había sido muy bonita, una de las muchachas más bonitas de Kansas cuando sólo tres años antes se casó con él. Pero ahora todo sería distinto, pensaba Burns. Ahora no pasarían más miedo, más hambre ni más humillaciones. Estaban en la senda segura del camino que lleva a la riqueza.

Ella murmuró:

—¿Vienes muy cansado?

—No he parado hasta aquí.

—Entra. Te he preparado algo de comer y hasta te he guardado un poco de cerveza fresca.

Burns entró. La comida que había en la mesa indicaba que su mujer no debía haber probado bocado en todo el día. Mónica incluso había conseguido algo de cerveza, seguramente haciendo una larga caminata para pedirla en casa de algún ganadero más rico. Captó la mirada del hombre, una mirada donde se leían al mismo tiempo el asombro y la irritación, y murmuró:

—Había que celebrarlo. Por eso lo hice, ¿sabes? Hoy es un gran día.

Él se dejó caer, abatido, ante la mesa, y se desabrochó la camisa.

—Sí, un gran día… —balbució—. Pero yo no puedo probar un bocado. No lo probaré hasta que haya vendido las reses.

Mónica se sentó junto a él.

—No seas tonto… En todo caso, la carne ya está cocinada.

—Entonces, comamos los dos.

—Bueno… —susurró Mónica—, si de ese modo te vas a sentir más animado…

Mientras partía la carne hizo la pregunta que hasta entonces no se había atrevido a hacer, por temor a que él le dijese que había ocurrido cualquier percance de última hora.

—¿Llevaste las reses?

—Sí. Ya están en los apartaderos. Precisamente por eso he tardado algo más. He estado husmeando por ahí, ¿sabes? He visto todos los cercados de la ciudad de Satanta. No hay sementales como los míos. Voy a venderlos al precio que quiera, de eso estoy seguro. Me ha costado mucho conseguir esa especie, pero el éxito lo compensa todo.

Ella dijo, con voz velada:

—Ni siquiera has querido que tuviéramos un hijo.

—¿Un hijo? ¿Para qué? —murmuró él, tristemente—. ¿Para que pasara hambre como tú y yo? ¿Para qué, se pudriera en este lugar maldito? ¿Para que muriera de cualquier tontería, por el sencillo hecho de que a esta casa no llega ni un médico? Es ahora cuando lo tendremos, Mónica. He pasado tres años sin vender ni una res, preocupándome sólo de lograr una especie como no la hubiera en Kansas. Durante tres años hemos vivido poco más que del aire. Pero ahora todo será compensado…

Paseó su mirada por sus tierras, aquellas tierras que nadie había querido porque eran pedregosas, y añadió:

—Con lo que consiga, podré comprar una buena punta de ganado. Una verdadera manada para conseguir crías. Lo que he aprendido durante estos tres años me servirá para duplicarla en muy poco tiempo. Seré un ganadero importante y tú vivirás como, una mujer, Mónica Como una señora. Tendremos un hijo que podrá codearse con los Ramsay, con los Finney. Todo será distinto.

Ella miraba también la tierra, pero a diferencia de su marido, la veía con los ojos de la realidad, y no con los de la imaginación. Veía las piedras quebrándolo todo. Había agua allí cerca, pero no estaba

canalizada. Y bastaría un año seco para que la manada que Burns pensaba comprar muriese de sed, ya que estaba prohibido abrevar en las tierras de los ganaderos poderosos.

—Esta tierra no bastará —dijo—. Las reses morirían.

—Pienso comprar uno de los pedazos de Connor. El viejo se ha arruinado en el juego y está dispuesto a vender. Obtendré dinero para pagar las reses y el primer plazo de las tierras. Luego él me concederá cuatro años para pagarlas.

Se puso en pie y murmuró:

—Y ahora vuelvo a Satanta, Mónica.

—¿Tan pronto? ¿No te quedas a descansar ni unas horas?

—Sólo he venido para decirte que todo marchaba bien. Tenía miedo de encontrar algún grupo de cuatreros por el camino, y temblaba porque yo solo no hubiera podido defenderme. Pero nada ha sucedido. Ahora, con las reses en los apartaderos, puedo estar tranquilo. Ya no ocurrirá nada. Y me moría de impaciencia por darte la buena noticia, Mónica…

Había terminado de comer. Bebió la cerveza, que intencionadamente había dejado para el final, ya que era un lujo maravilloso, y se puso en pie para besar brevemente a su mujer.

—Voy a irme enseguida. Quiero estar en Satanta antes de que empiece la feria.

—Cambiarás al menos de caballo…

—Claro, eso sí que lo haré. En esta tierra, los caballos descansan mientras los hombres se pudren… Pero ahora —añadió—, ahora todo será distinto, ya lo verás. Será como si empezara una nueva vida.

La pequeña ciudad de Satanta era muy conocida porque albergaba dos veces al año sendas ferias ganaderas, de alcance local, pero donde era fama se exhibían las mejores reses de Kansas, en especial los mejores sementales para cría. Todos los ganaderos ricos se daban una vuelta por la ciudad, en esas ocasiones, y todos tenían apartaderos propios, con su nombre, para guardar las reses que adquirieran. Incluso algunos de ellos poseían casa en Satanta, la cual abrían dos veces al año. Naturalmente, a la feria llegaban también pistoleros, tahúres, vendedores de mil productos diversos y chicas alegres de todas clases, la mayor parte de ellas ya muy bregadas en lugares más importantes, como, por ejemplo, en la

turbulenta Kansas City.

Pero el principal peligro estaba en los cuatreros. Los cuatreros, naturalmente, no entraban en la ciudad, pero se apostaban en las cercanías de ésta y daban productivos golpes, casi siempre dirigidos contra los pequeños ganaderos independientes, porque con los grandes no se atrevían. Por eso Burns había temido tanto que le robasen antes de llegar a la ciudad. Pero para suerte suya, nada había sucedido.

Entró en Satanta y vio que los dos saloons estaban llenos. Llamativos letreros anunciaban: «Very *scotch whisky*», y, sobre todo: «Ice beer», pero él no tenía dinero para gastarlo en *whisky* ni en cerveza fría. De modo que, aunque se moría de sed, tuvo que pasar de largo.

Se dirigió a los apartaderos comunes, donde tenía sus reses. Allí se pagaba muy poco por su custodia. Cuando las vendiera, irían a parar a los apartaderos privados de los grandes ganaderos, que venían a Satanta exclusivamente a comprar.

En los apartaderos había muchas reses, cada una de ellas con su marca. Pero Burns no necesitaba verlas, porque conocía perfectamente las suyas. Paseó su mirada complacida por aquel mar de testuces y de cuernos, buscando los sementales que tanto sacrificio le había costado conseguir.

No debían haberse movido demasiado del sitio en que los dejó, ya que las reses estaban allí bastante apretadas.

La mirada complacida se transformó en una mirada de sorpresa. Y luego, casi de angustia.

Porque no veía a sus sementales por ninguna parte. Los conocía por su color especial, por el brillo de su pelo, por la altivez de sus cornamentas. Pero no estaban allí. Paseó una y otra vez su mirada por el enorme cercado y no pudo verlos.

A pesar de que hacía calor, sintió que unas gotitas de sudor helado empezaban a rodar por su cara.

Con las facciones desencajadas, gritó:

—¡Peter!

Nadie apareció.

—¡Peter! ¡Maldita sea! ¿Dónde te has metido, Peter?

Un tipo sinuoso, delgado, que mascaba un cigarro apagado, se acercó lentamente a él.

—¿A quién llama?

—A Peter, el guardián de los cercados.

—¿Para qué?

—He de hacer una denuncia.

—Entonces, hágamela a mí. Yo soy el nuevo guardián. Yo sustituyo a Peter.

Burns miró con desconfianza a aquel tipo, a quien jamás había visto por allí. No había razón para que hubiesen cambiado a Peter. No había razón tampoco para que ocurriese lo que ocurría.

—Hágame la denuncia a mí —insistió el desconocido.

—¿Dónde está Peter?

—Le pagaron y se fue.

—¿Quién le pagó?

—Eso no es cuestión mía. No lo sé. A mí me contrataron para vigilar esto, de modo que lo demás no me importa.

Burns se secó el sudor helado, que ya cubría materialmente sus facciones.

—Mis reses han desaparecido —balbució—. Eran catorce. Catorce sementales de la mejor raza.

El otro se encogió de hombros.

—¿Por qué dice eso? Sabe que aquí las reses están seguras. Los cuatreros no entran en Satanta. Además, desde que yo vigilo, nadie se ha llevado nada.

—Se lo han llevado mientras estaba Peter. Y le han dado una buena recompensa para que no viese nada y luego se largara. Sí, eso es lo que ha sucedido… Pero ha tenido que ser un ganadero importante. ¡Sólo un ganadero rico puede haber hecho eso!…

El vigilante le miró de soslayo.

—Tenga cuidado con lo que dice, amigo. Los grandes ganaderos son aquí la ley. Y ninguno de ellos se ensuciaría las manos por unos cuantos sementales.

—Se han ensuciado las manos por cosas más pequeñas, basándose en eso: en que ellos son aquí la ley —masculló Burns—. Además, esos sementales valen una pequeña fortuna. Voy a averiguar quién los tiene. ¡Voy a averiguarlo ahora mismo!…

Y se dirigió hacia los cercados de los grandes propietarios, de los grandes ganaderos de Kansas.

El guardián gritó:

—¡Oiga!…

Pero Burns ya no oía nada. Ya sólo oía aquel terrible zumbido que resonaba dentro de su cráneo.

Había muchos cercados en Satanta, y casi todos ellos estaban bien cargados de reses. Las transacciones se desarrollaban ya a buen ritmo, a pesar de que la feria no estaba oficialmente inaugurada aún. Burns los fue recorriendo todos, sin perder un minuto, porque era evidente una cosa: las reses desaparecidas podían llevárselas de un momento a otro.

Fue justamente ese presentimiento lo que le hizo acertar. Fue el ver aquellos tres jinetes que avanzaban al trote y preparando ya sus cuerdas, como si se dispusieran a enlazar a unos cuantos animales.

Los siguió.

Vio que se dirigían al cercado de Finney, uno de los rancheros más poderosos. Quizá al norte del Cimarrón no había otro tan poderoso como él. Los pobres diablos como Burns temblaban al oír pronunciar sólo su nombre.

Pero ahora Burns no podía ceder. Era su propia vida, y la vida de Mónica, lo que estaba en juego.

Se acodó en la valla del cercado y vio entonces sus reses. Estaban ya a un lado. Aquellos tres jinetes se disponían a enlazarlas para llevárselas de allí.

Burns sintió que se le crispaba la garganta. Todos sus músculos se contrajeron. Fue a gritar.

En aquel momento, una voz tranquila dijo a Su espalda:

—¿Qué busca, amigo?

Burns se volvió. Nada menos que el todopoderoso Finney estaba allí. Bien vestido, como siempre. Con sus anillos, como siempre. Con su mirada de halcón, como siempre.

—Señor Finney…

—¿Qué busca, amigo? —repitió el ganadero.

Burns intentó sonreír. La presencia del millonario le intimidaba, no podía evitarlo. Le hacía sentirse inferior y hasta cobarde.

—Señor Finney, aquí ha de haber un error.

—¿Qué error?

—Aquellas reses.

—¿Las que mis hombres van a enlazar?… Sí, ya las veo. Son muy hermosas. ¿Qué ocurre con ellas?

—Son sementales, señor Finney, sementales de la mejor raza. Los cruces necesarios para obtenerlos, la alimentación que han tenido y los cuidados que recibieron, son todavía un secreto. Mírelos. Son una verdadera maravilla.

Finney empequeñeció aún más sus ojillos astutos.

—¿Cree que no sé distinguir unas reses hermosas, amigo? Yo era ganadero cuando usted aún corría por Chicago amarrado a las faldas de su madre.

—Señor Finney, esas reses son mías.

—¿Qué dice?…

—Usted las sacó del apartadero general cuando estaba Peter. Todos sabemos que Peter es un borracho. Debió darle algo de dinero para que dejara hacer y luego se largase de aquí.

Finney palideció.

—¿Trata de insinuar que soy un ladrón?…

—Esas reses llevan mi marca.

—¿Trata de insinuar que soy un cuatrero?…

—¡Llevan mi marca, repito!

Finney palideció, como si estuviera a punto de sufrir un ataque de ira. A él nadie le levantaba la voz, aunque le sobrara razón para hacerlo. Pero al fin se calmó.

—Si llevan su marca —dijo—, yo le contesto otra cosa: yo le contesto que están en mi cercado.

—Pero…

—Y si tiene algo que reclamar, vaya al *sheriff*. Precisamente no anda muy lejos de aquí.

—El *sheriff*… Él le dará la razón a usted, señor Finney. Nunca le quitará nada al ganadero más importante de la región. Sé que, al contrario, lo único que hará será echarme de la ciudad.

Finney rió secamente.

—Entonces no confía en la ley, ¿eh? ¿Pues por qué reclama?

—La ley nunca ha favorecido a los pobres, señor Finney. La ley está para que ustedes hagan legalmente lo que es inmoral.

—¡Basta de juegos de palabras, imbécil! ¡Fuera de aquí!

Burns comprendió que no podía llevar las cosas por aquel terreno. Estaba siendo víctima de un robo descarado, pero los hombres como Finney no cometían «robos», sino que hacían «negocios». Intentó llevar la cuestión por ese terreno, ya que no

existía otro.

—Señor Finney —balbució—, se las vendo a buen precio. Pensaba entregarlas al mejor postor, pero se las vendo a usted.

—¿Venderme qué?

—Mis reses.

—¡Pero si son mías! ¿No ve que están en mi cercado y que mis hombres se disponen ya a sacarlas?

Burns tenía la boca espantosamente seca. No podía ya ni hablar, pero siguió:

—He pasado tres años de hambre y de miseria para conseguir ese cruce y esa raza, señor Finney. No tengo nada más: es toda mi fortuna. Y le juro que no podría empezar otra vez. Mi esposa y yo moriríamos si hubiera que hacerlo de nuevo.

Finney le miró retadoramente.

—¿Y a mí qué me cuenta?

—¡Le repito que esas reses son mías! ¡Págueme al menos por ellas un precio razonable! ¡El que fije usted mismo! ¡Páguemelo y no discutamos ya más!

—¿Pagarle? ¿Pero qué dice? ¿Pagarle por lo que ya tengo?

Burns sintió que se le helaba la sangre. Sintió que una lucecita roja, terrible, se encendía y se apagaba detrás de su frente.

Finney masculló:

—¡Me está llamando cuatrero! ¡Ese cochino muerto de hambre me está llamando cuatrero!…

Y abofeteó por dos veces la cara de Burns.

Éste no supo lo que le ocurría. Ni tan siquiera lo pensó. Cuando se dio cuenta, ya estaba hecho.

Disparó dos veces. Y en la frente del ganadero más rico de la comarca se marcaron dos botones rojos.

CAPÍTULO II

Galopaba incesantemente, galopaba como un loco, mientras le parecía oír a sus espaldas los gritos de la muchedumbre. Mientras aún le parecía sentir en las manos el contacto caliente de la sangre de Finney, que había saltado hasta ellas.

Era una persecución implacable, una persecución que sólo terminaría cuando él colgara de una cuerda.

Después de la muerte del millonario, los tres vaqueros que enlazaban las reses se habían puesto a perseguirle. Eran los más próximos y los que tenían las armas más a punto. A la salida de Satanta habían logrado colarle el sombrero de dos balazos, pero sin conseguir darle alcance.

Burns no regresaba a su casa. No quería hacerse fuerte allí para que no mataran también a Mónica.

Galopaba, por el contrario, hacia el Sur, hacia el río Cimarrón, sintiendo que la distancia que le separaba de sus perseguidores disminuía incesantemente.

Aprovechando la sorpresa, había logrado sacarles, una cierta ventaja a la salida de la ciudad, pero ahora su caballo, cada vez más cansado, era incapaz de mantener las distancias. Los tres jinetes se iban aproximando a él. Una hora después de salir de Satanta, volvían a estar a tiro de revólver.

Ensayaron el disparo. Las balas pasaron rozando la espalda encorvada de Burns.

Era sólo cuestión de tiempo el que le alcanzaran. Por simple ley de probabilidades, una bala le perforaría a él o derribaría a su caballo. Y entonces…

Sus ojos se nublaron.

Veía como a través de una neblina la llanura que se extendía

ante él, y que empezaba a estar tachonada de promontorios rocosos entre la vegetación rala. Había uno que era lo suficientemente alto para proporcionar refugio a él y a su caballo. Si llegara hasta allí… Si pudiera alcanzar aquello antes de que una bala le matase…

Notó como un pinchazo en el brazo izquierdo.

Hay heridas que, en caliente, no producen dolor, porque precisamente suelen ser las más graves. Burns se miró recelosamente el brazo izquierdo. Empezaba a sangrar bastante, lo cual significaba que no podría cabalgar indefinidamente.

Cada vez se le hacía más angustioso, más necesario, llegar a aquel promontorio rocoso. Cada vez su salvación y la de Mónica dependían más y más de eso.

Las balas seguían silbando en torno suyo. Una de ellas le produjo sangre en una oreja. Otra le arrancó cabellos de la cabeza.

Por fin, otra rozó al caballo. Ya se estaban decidiendo a tirar contra el animal. Ahora iban sobre seguro.

El promontorio estaba cada vez más cerca. Ahora tenía la sensación de que casi podía tocarlo, de que conseguiría llegar a él…

Se oyó un terrible relincho cuando el caballo fue alcanzado en una pierna. Cayó de costado, mientras Burns volaba por los aires.

Sintió que crujían sus huesos, pero eso no le hizo declararse vencido. Dio dos veloces vueltas sobre sí mismo. Llegó al cobijo de las rocas que formaba el promontorio.

Sus tres enemigos lanzaron a la vez un grito.

Se daban cuenta de que la situación podía variar en unos instantes. De que ahora Burns estaba protegido y ellos no.

El fugitivo disparó dos veces. Una de las balas se perdió en el aire, pero la segunda atravesó el corazón de uno de los perseguidores.

Los otros dos trataron de distanciarse, pero no llegaron a hacerlo.

Un jinete cayó de la silla, mientras lanzaba un aullido de dolor, con la frente atravesada.

El tercero alzó ambas manos. Intentó renunciar a la lucha.

—¡No! —gritó—. ¡Noooo!…

Entonces Burns hizo lo que le convertía definitivamente en un forajido. Entonces Burns disparó de nuevo.

El tercer jinete cayó, lanzando un chillido, mientras se llevaba

ambas manos a la cabeza.

CAPÍTULO III

Kansas era una tierra de violencia, pero era también una tierra rica. Un Estado donde la gente lo pasaba en grande apenas tenía unos dólares para gastar. Y había gente que tenía muchos, muchísimos dólares. Algunos ganaderos hubieran podido comprar sin gran esfuerzo el propio Capitolio de Washington.

Por ejemplo, Starck.

Starck, presidente del Banco Ganadero, era también jefe del trust y dueño de los terrenos más ricos, además de senador por el Estado. Viudo desde hacía unos cuantos años, tenía tantas amiguitas como ranchos. Y tenía una hija, a la que no había negado jamás ningún capricho.

Precisamente el capricho más importante en la vida de esa hija se estaba ultimando ahora, en una iglesia de la ciudad de Kansas City, donde residía Starck. Porque su hija Lorena estaba a punto de contraer matrimonio.

Era una fiesta por todo lo alto.

Flores en todos los rincones, gente bien vestida, políticos importantes, ganaderos millonarios, mujeres hermosas… No faltaba nada para que aquel día fuese grande de verdad. Y Lorena Starck, que era una chica realmente guapa, aquel día estaba deslumbrante.

El hombre que estaba a su lado, bien vestido y con la mirada ligeramente perdida en el altar, daba la réplica a una mujer tan hermosa. Era alto, de espaldas anchas, de mentón cuadrado, de ojos grises. Tendría unos veintiséis años, unos cuatro más que Lorena. Llegado como simple vaquero a Kansas apenas dos meses atrás, iba a convertirse ahora en uno de los hombres más ricos del Estado por la sencilla e importante razón de que Lorena Starck se había enamorado de él. Porque la hija del millonario estaba segura de que

jamás volvería a encontrar un hombre al que deseara tanto.

Estaba emocionada, esperando el momento en que se convirtieran en marido y mujer.

Faltaba ya muy poco, porque la ceremonia se hallaba en su punto culminante. Justamente el sacerdote hacía en estos momentos la pregunta de ritual:

—... Y si alguien conoce algún obstáculo por el que este matrimonio no pueda celebrarse, yo ordeno que, con santa libertad, y en descargo de su conciencia, aquí mismo lo proclame...

Se hizo un silencio después de estas palabras. Era un silencio puramente rutinario, ya que, como de costumbre, nadie diría nada. Era una boda en un ambiente distinguido, una boda en el mundo de las personas importantes. ¿Quién iba a atreverse a...?

El sacerdote iba a, continuar, después de una prudencial espera, convencido de que ya nadie diría nada, cuando de pronto se oyó aquella voz recia, cortante, en el fondo de la iglesia.

—Yo —dijo aquella voz—, yo me opongo rotundamente a que se celebre este matrimonio.

Y el *sheriff*, que era el que acababa de hablar, avanzó pesadamente hacia el altar, entre un silencio de muerte.

Starck, cuya abultada panza estaba recorrida por una enorme cadena de oro, se dirigió hacia él. Sus facciones se habían congestionado de una manera increíble. Estaba rojo, como si fuera a estallar:

—¿Qué dice, *sheriff*? —balbució—. ¿Cómo se atreve?...

El *sheriff*, que no vestía de etiqueta, llevaba un papel doblado en uno de los bolsillos de su camisa. Lo extrajo y lo desdobló lentamente.

Starck masculló:

—¿Es una broma?...

—¿Cómo cree que voy a gastar bromas con usted, señor Starck? Y menos en una ocasión como ésta. Lo he hecho por una razón muy sencilla, y cuyas pruebas tengo aquí. Pero será mejor que lo mire usted mismo.

Y le tendió el papel que acababa de desdoblar. Starck lo tomó, mientras sentía que le temblaban los dedos.

Era un pasquín.

Un pasquín en el que se veía retratada una determinada cara, y

debajo de la cual había un expresivo texto:

WALTER PERRY
SE LE BUSCA POR TRES ASESINATOS
5000 DÓLARES AL QUE LO CAPTURE O FACILITE
SU CAPTURA VIVO O MUERTO

Starck miró el pasquín al menos tres veces. Y al menos tres veces miró también la cara del que había estado a punto de convertirse en su yerno.

La cara del pasquín y la cara que tenía delante eran realmente la misma.

—Al menos tienes una cosa de bueno —dijo, lentamente—. Al menos no has hecho la comedia ni de dejarte crecer el bigote. Y ni siquiera has cambiado de nombre…

CAPÍTULO IV

El ambiente era tenso en el lujoso despacho que Starck poseía en su Banco central de Kansas City. Desde los amplios ventanales se veía en toda su extensión la calle principal de la gran ciudad ganadera. Los muebles habían sido traídos desde Nueva York y eran sólidos y bien construidos. En una mesa auxiliar descansaba una enorme bandeja de plata con bebidas de todas clases.

El millonario paseaba de un lado a otro, con las manos a la espalda, mientras balbucía:

—Imposible… Imposible…

Aún llevaba las ropas con las que había asistido a la ceremonia. Y también llevaba su elegante frac de novio el hombre que le miraba desde uno de los butacones de piel del despacho, sin inmutarse lo más mínimo por lo que estaba ocurriendo.

—Imposible imaginar una desfachatez semejante —dijo el millonario—. Si el correo, llegan a entregarlo al *sheriff* diez minutos más tarde, ya no hubiese habido tiempo de nada… Menos mal que el pasquín se lo entregaron cuando todo tenía remedio aún… Y es que cuanto más lo pienso más me cuesta concebirlo. Tú, reclamado por asesinato en Nebraska, pretendías casarte en Kansas…

—Los asesinos también se casan —dijo Walter, tranquilamente.

—Pero no con las herederas más ricas del Estado.

—Eso es cuestión de gustos —dijo Walter, con cinismo—. A mí, las ricas me vuelven loco.

Starck cerró y abrió las manos un par de veces, mientras chirriaban sus dientes. Incluso hizo un gesto brusco, como si fuera a saltar sobre él.

—Si no fuera porque mi hija está locamente enamorada de ti, te habría hecho matar —dijo el millonario.

—Eso es lo que le duele: que su hija está perdidamente enamorada de mí.

Starck rechinó los dientes otra vez.

—La muy imbécil me ha dicho que si no se casa contigo es capaz de matarse.

—Buena chica.

—¡Te voy a…!

Walter hizo un gesto de hastío, como indicando que ninguno de aquellos aspavientos le impresionaba.

—Menos cuento, Starck —dijo—. Si usted me ha traído aquí es porque piensa llegar a un acuerdo conmigo. En su despacho se habla de negocios, ¿no? Si lo único que quisiera es insultarme y echarme en cara lo que soy, lo hubiera hecho de un modo más sencillo: encargando a diez de sus hombres que me mataran a golpes en una callejuela… Cinco de ellos no lo hubieran conseguido, pero diez, ya sí. Y si no lo ha hecho es porque piensa proponerme algo. Hala, desembuche.

Starck estaba lívido. Sentía que la respiración se le quedaba cortada en la garganta.

Tomó con manos trémulas un telegrama que estaba sobre la mesa de su despacho y balbució:

—Está bien, desembucharé. La respuesta está aquí.

—¿Qué dice ese telegrama? ¿También dice que soy un asesino?

—No. Lo que dice es que en Satanta han matado a un ganadero llamado Finney.

—Lo he oído nombrar. Era un buitre, y no me sabe mal que le hayan arrancado las plumas. Descanse en paz.

Starck le miró incrédulo y al fin se encogió de hombros, como si pensara que ya no importaba una insolencia más.

—Finney era mi socio —dijo—. Me representaba en aquella zona salvaje e incómoda al norte del Cimarrón. Hacíamos buenos negocios juntos. Él era allí el delegado del trust.

—¿Y qué?

—¿Necesito decírtelo?… Tú lo sabes mejor que yo. Los negocios se hacen en Kansas no sólo con el dinero, sino también con el poder. Si eres alguien, triunfas; si no, te hundes. Eso significa que el trust, para mantener su prestigio, necesita vengar esa muerte. Necesita vengarla como sea.

Walter repitió la pregunta que había hecho antes:

—¿Y qué?

—El telegrama da detalles, ciertos detalles… Dice que la muerte la cometió un desesperado llamado Burns, el cual posee unas tierras miserables algo al sur del río Arkansas. Parece que hubo una discusión por unas reses.

—¿Y quién tenía la razón?

—Eso no importa.

Walter dio una palmada al aire.

—¿Para qué me cuenta eso? Si la cosa ocurrió en Satanta, es seguro que alguien lo vería. Seguro que enviaron hombres a perseguir a ese tal Burns. ¿O me equivoco?

—Salieron tres hombres. Tres buenos jinetes.

—¿Y qué?

—Los tres han muerto.

Walter lanzó un silbido de admiración.

—Vaya con ese tal Burns… Un rival digno de ser tenido en cuenta…

—Por eso te hablo de él.

—¿Qué trata de decir?…

—Sólo un asesino como tú puede matar a un asesino como él. Sólo tú puedes matarlo con absoluta seguridad. Y oye bien el trato que voy a hacer contigo porque te interesa.

Walter rió.

—Ya le estoy oyendo demasiado —dijo.

—Busca a ese hombre y mátalo. Mátalo sin preguntar nada, como si liquidaras a un perro enfermo. Quiero que reviente, ¿entendido? Que no tenga perdón.

—Me parece una idea muy caritativa —dijo Walter—. Muy digna de un ganadero que ha llegado hasta la cima… ¿Y a cambio de eso qué?

—A cambio de eso voy a olvidar que el *sheriff* ha hablado hoy —murmuró Starck—. A cambio de eso, cuando vuelvas, te aguardarán varios millones de dólares. Te casarás con mi hija…

Le miró con las facciones contraídas y farfulló, como si le acusase:

—¿Qué dices? ¿Aceptas?

Walter volvió a reír. Su expresión era más tranquila y al mismo

tiempo más cínica que nunca.

—¿Conseguir, a cambio de la muerte de un hombre, casarme con el bombón de su hija? ¿Y llevarme su magnífica dote? ¿Pero qué tipo se cree que soy, Starck? Acepto, naturalmente. Dé por muerto a ese tal Burns… Y si se acuerda de rezar, rece por su alma.

CAPÍTULO V

Un poco más al norte del río Cimarrón, en el condado de Meade, se encuentra una ciudad que tiene ese mismo nombre: Meade. Está a orillas del río Crooked, afluente del Cimarrón, y es hoy una rica ciudad ganadera, como casi todas las de la comarca. Pero en aquella época era bien conocida por otra razón: porque en ella se encontraba una de las cárceles más seguras de la zona, y porque muchos delincuentes que habían sido atrapados en otros lugares eran conducidos a Meade y encerrados y ejecutados allí.

Podía decirse que la horca trabajaba en aquella cárcel en «sesión continua».

A causa de su prosperidad y de su situación estratégica en el Oeste Central, por Kansas pasaban todos los forajidos de la Unión, y muchos se quedaban allí. Unos por su propia voluntad; otros se «quedaban» porque terminaban colgando de una cuerda. La justicia, porque no había otro remedio, era rápida, expeditiva y contundente.

El alcaide de la prisión de Meade era, en el Año del Señor de 1875, el honorable Raymond Pinkerton júnior, quien había heredado el cargo de su padre, un celoso y fiel funcionario. Raymond Pinkerton júnior también era un buen funcionario, pero con dos inconvenientes: el primero de ellos era encontrarse excesivamente ligado a los intereses ganaderos de la comarca; bastaba que los más importantes rancheros se lo indicaran para que él metiera en la cárcel a quien fuese. Y el segundo inconveniente era que las mujeres le gustaban en demasía. Le gustaban hasta volverle loco. Bastaba que una de ellas le pidiese la libertad de un condenado, a cambio de ser muy amable, para que Pinkerton no lo dudara ni un momento e ideara cualquier combinación con tal de

preparar una fuga.

Aquella mañana se había levantado de muy buen humor. A pesar de ser domingo, la horca no descansaría en Meade. Precisamente para aquella sesión tenían lo que llamaba «un pez gordo».

Desde la ventana de su despacho miró la horca en el patio, y luego hizo sonar la campanilla, llamando a su ayudante.

Éste entró poco después. Era un individuo de media edad, llamado Mike. Le faltaba un ojo, el cual llevaba tapado con un parche.

—¿Qué tal noche ha pasado Gunnar?

—Como siempre: maldiciendo.

—¿Qué pidió para su última cena?

—No quiso cenar. Dijo que podíamos irnos todos al infierno.

—Al infierno… Será él quien se vaya allí. Mira la horca. Tan bien preparada y con una cuerda nueva… Dentro de dos horas, Gunnar colgará de ahí. ¿Está avisado el verdugo?

—No hace más que esperar. Dice que colgar a Gunnar será una de las mayores alegrías de su vida.

Pinkerton rió.

—Pese a ser domingo, no aplazaremos la ejecución —dijo—. Y yo no quiero perdérmela. Ah… ¡Ah! ¡No hay nada como un buen ahorcamiento para hacer apetito antes de una buena comida!

Se volvió de nuevo hacia la ventana y preguntó:

—¿Pero qué es eso?

Mike había oído también el alegre campanilleo del corcel y el leve chirrido de ballestas en un tílburi bien engrasado.

—No lo sé, señor —murmuró—. Alguien acaba de llegar…

Al descender del tílburi, la mujer no tuvo en cuenta para nada la posición de su falda. Ya la llevaba más cortita de lo que era costumbre en aquella época, y para apearse no tuvo inconveniente en subírsela hasta más arriba de las rodillas. Tampoco llevaba enaguas almidonadas, como era costumbre entre las elegantes y recatadas damas de la época, sino que vestía como las bailarinas y las *cocottes*: enseñaba toda la longitud de sus hermosas piernas, enfundadas en finas medias grises.

Los dos guardianes que estaban en la puerta del penal por poco soltaron hasta sus rifles. Se quedaron boquiabiertos, mirando

aquella maravilla que descendía ante sus ojos. Y hubieran lanzado gritos de entusiasmo, mezclados con algunas procacidades, de no ser aquélla una de las damas más importantes de Kansas y nada menos que la esposa del ganadero Finney, una chica «desinteresada» a la que el millonario, cuando se casaron, llevaba más de treinta años.

La hermosa mujer se plantó altivamente ante los dos guardianes y dejó caer la falda poco a poco, sin precipitaciones, cortando el fascinante espectáculo.

—Quiero ver a Pinkerton —dijo—. Quiero ver a vuestro jefe ahora mismo.

Pinkerton, naturalmente, la recibió enseguida. No sólo por ser la esposa de Finney, con el que le interesaba estar bien, sino porque Salomé Wingate era una de las mujeres más bonitas de Kansas. Pinkerton aún recordaba aquella ocasión en que asistió a su boda, un año y medio antes; pensando en lo que estaría ocurriendo ahora entre ella y aquel cerdo de Finney, en toda la noche no pudo dormir.

Cuando la vio entrar en su despacho, se levantó aturulladamente.

En dieciocho meses que no la veía, Salomé aún había ganado en belleza. Se había hecho más maciza, más tentadora, más mujer. Ya no era la falsa ingenua que un día se dejó caer en los dorados brazos de Finney; ahora emanaba de ella una arrogancia especial, una seguridad que la hacía doblemente cautivadora para un hombre como Pinkerton, cuyo primer pensamiento fue doblegarla.

Pero nada de aquello se notó en su rostro. Al contrario, improvisó una sonrisa servil mientras decía:

—Siéntese… Siéntese, señora Finney. ¡Cuánto honor al recibir su visita! La verdad, no la esperaba.

Ella se sentó y cruzó las piernas. Ya estaba enterada de que su falda era muy cortita; lo había hecho a propósito.

A Pinkerton se le cortó la respiración.

—¿Cómo? ¡Ejem! ¿Cómo está su marido, señora Finney?

—Ha muerto.

Pinkerton recobró la respiración de pronto. Lanzó un bufido.

—Lo… lo siento de verdad, pero…

—Le extraña que no vaya de luto, ¿verdad? Es que sé que el

negro no me sienta bien y no me lo pondré hasta los funerales, hasta que empiece a llegar la familia del difunto. También debe extrañarle que la noticia no haya llegado hasta aquí.

—De… desde luego.

—Mi marido murió ayer.

Pinkerton miró a la hermosa mujer con calma, mientras dejaba que una expresión viciosa apareciera por primera vez en sus ojos. Aquello, la muerte del millonario, le sugería una montaña de posibilidades. Quizá ella estaba allí para…

La voz de Salomé Wingate le desengañó enseguida.

—No voy a entregarme a ningún otro hombre, señor Pinkerton. He quedado desengañada de ellos por una buena temporada.

—Lo comprendo, señora. Finney no era… no era, digamos, un hombre joven y arrogante. Si he de expresarle mi sincera opinión, Finney daba asco.

—Dígamelo a mí…

Todas estas «caritativas» reflexiones en torno al difunto fueron hechas sin que ni el hombre ni la mujer pestañearan. Luego, Pinkerton preguntó:

—¿Y… de qué murió el honorable y asqueroso Finney?

—Lo asesinaron.

—¿Se sabe quién?

—Sí. Un ranchero pobre llamado Burns. Luego mató también a tres guardaespaldas de mí marido.

—¡Vaya con el angelito!

—Eso me hace suponer que es un hombre muy peligroso —murmuró Salomé—, quizá un auténtico pistolero profesional. ¿Y ya sabe lo que creerá la familia de mí marido en cuanto llegue para los funerales? Que yo lo he pagado para matar a Finney. Que lo he despachado de esa manera para quedarme con la herencia antes de ser demasiado vieja. Y no le diré que no lo hubiera pensado, señor Pinkerton, porque estuve pensando en la muerte de Finney desde el mismo instante en que me casé con él. Pero nunca me hubiera atrevido a pagar a un asesino. No, esas cosas no se han hecho para mí.

—Lo doy por descontado… señora.

—Sin embargo, esa sospecha quedará en pie entre los sucios parientes de mí marido. Todos son unos babosos que me tienen

envidia. Los muy cerdos… Yo sé lo que pasará. Me disputarán la herencia con uñas y dientes mientras quede, una sospecha. Por eso he de hacer algo que demuestre que soy inocente.

—¿Y qué es lo que ha pensado hacer?

—Contratar a un hombre para que mate a ese tal Burns. Para que lo mate con absoluta seguridad. Hay que tener en cuenta que es un hombre peligroso y que seguramente está desesperado. Dará trabajo.

Pinkerton rió.

—Ya te comprendo, preciosa —dijo, cambiando de repente el tono de su voz—. Tú quieres contratar a alguna de las piezas que tengo entre rejas aquí. Magnífico… Hay donde elegir. Tengo el más completo surtido de asesinos, de estranguladores, de rastreadores, de envenenadores y de cuchilleros que hay en Kansas. Tengo aquí la más completa colección de hijos de zorra que se ha visto desde el descubrimiento de América. Puedes elegir.

—Ya he hecho mi elección, Pinkerton.

—¿Sí?

—Desde luego.

—¿Y quién es el afortunado?

—Gunnar.

Pinkerton sintió que se le secaba la boca. Miró de soslayo la horca a través de la ventana. Todo estaba ya preparado; la cuerda incluso se balanceaba a los impulsos de un leve soplo de viento.

—Gunnar… —murmuró—. ¿Por qué él?

—Porque es el hombre más peligroso de Kansas y porque matará a Burns con absoluta seguridad. Es lo que yo necesito.

—Pero está condenado a muerte… Va a ser ejecutado dentro de hora y media. Ésa es su horca.

—¿Y qué, Pinkerton? ¿No ha organizado fugas siempre que le ha convenido? ¿No ha alquilado a sus reclusos para que pudieran ejecutar venganzas personales por cuenta de otros? ¿Cree que me chupo el dedo? Conozco perfectamente las maquinaciones de esta penitenciaría y de su honrado alcaide.

Pinkerton apretó los labios, mientras se endurecía su expresión.

—Quiero saber lo que voy a ganar con esto —dijo—. Y lo que quiero ganar es una cosa.

La dirección de sus ojos era tan clara que ella hubo de notarlo

por fuerza.

—No estoy en venta —dijo.

—Pues lo siento. No hay negocio.

—Tampoco digo que no vaya a estarlo. Todo depende de ir haciéndose a la idea.

—Entonces…

—De momento le ofrezco diez mil dólares, Pinkerton. Mi herencia da para esos dispendios y mucho más. Luego es posible, muy posible, que me decida a ser más generosa.

Los ojos de Pinkerton brillaron como los de un lobo.

—Yo puedo hacer y deshacer muchas cosas —dijo—. Te tomo la palabra, muñeca. Pero de esto volveremos a hablar…

Hizo sonar la campanilla y apareció Mike en la puerta.

—Diga, señor.

—Mike —masculló Pinkerton—, tú y yo vamos a trazar un plan. Habrá dificultades, ¿sabes? Precisamente por ser hoy domingo vas a dar licencia a la mitad del personal. Y luego tendremos problemas, cuando ese maldito de Gunnar sea conducido a la horca…

CAPÍTULO VI

Walter miró las tierras que se extendían ante sus ojos. No hacía falta ser un entendido en cuestiones ganaderas para darse cuenta de que se trataba de tierras de deficiente calidad. Hacía falta tener muchas ganas de trabajar para establecerse allí. Y, en efecto, el hombre que cuidó de aquello había trabajado de lo lindo. Los bancales para aprovechar los pastos y para evitar que la tierra fuera erosionada por los vientos y las lluvias, resultaban un pequeño prodigio.

Con ojos que no tenían nada de alegre, Walter se fue fijando en todos los detalles.

Y al final llegó a una sola conclusión: ¡Qué asco!

¿Matarse allí para sacarle todo su jugo a la tierra? ¿Pasarse los años mejorando las reses y mirando siempre al cielo, para que una sequía no las matara? Hacía falta ser imbécil para vivir así. Él conocía otros sistemas mucho más cómodos y más eficaces…

Estaba pensando en eso cuando un disparo de rifle vino a sacarle de su ensimismamiento.

Era un disparo de advertencia, pues no habían intentado alcanzarle con él, pero bastó para que su caballo se encabritara. Walter lo dominó suavemente y luego alzó las manos por encima de su cabeza.

La mujer que acababa de disparar desde el porche apareció entonces, con el rifle entre sus manos. Le estaba apuntando y se notaba que no le importaría apretar el gatillo otra vez. Pero Walter adivinó instintivamente que no lo haría contra un hombre que no la atacase.

Por eso siguió con las manos en alto.

—¡Eh! —gritó—. ¡Eh, señora Burns!

Ella bajó un poco el rifle al oírse llamar de esa manera.

—¿Qué quiere?
—¡Deje que me acerque! ¡No trato de causarle ningún daño!
Ella hizo una seña, pero sin soltar el rifle.
Walter espoleó a su caballo, y mostrando siempre las manos con mucha claridad llegó hasta el porche.
La mujer que le apuntaba debió haber sido muy bonita, pero la dureza de la vida que había llevado era la causa de, que pareciese, mucho más vieja de lo que era en realidad. Aunque, con un poco de cuidado y otros vestidos, aquella mujer aún podía «salvarse». Walter, que entendía mucho de hembras, se dijo que no costaría demasiado trabajo convertirla en una chica apetitosa. Pero la expresión de angustia que flotaba en el rostro de la mujer era lo menos indicado para eso.
Ella murmuró:
—¿Quién es usted?
—Me, llamo Walter.
—¿Y qué quiere?
Walter mintió perfectamente, como si no supiera nada.
—Ver a su marido. ¿No vive Burns aquí?
—Mi marido no está.
—¿Cuándo va a volver?
—No lo sé. Quizá nunca.
Walter simuló la más perfecta sorpresa.
—No la entiendo, señora Burns.
—¿No me entiende? ¿Por dónde ha venido hasta aquí?
—Pues… siguiendo más o menos la línea del río Arkansas.
—¿Y no se ha enterado de que mi marido mató a Finney, un rico ganadero? ¿Para qué quería verle?
—No, no me había enterado de nada. La verdad es que tampoco me he tropezado con nadie hasta llegar aquí… Todo esto es bastante desierto. Quería ver a Burns porque hace un año me vendió dos magníficas reses en Satanta. Quería saber si tiene otras iguales.
La mujer hizo un gesto de desaliento. Definitivamente soltó el rifle de entre sus manos e invitó a pasar al recién venido.
—No se esté ahí, al sol. Vamos, entre. La lástima es que sólo podré ofrecerle un poco de café.
Él descabalgó y entró, mirando la pobreza del interior. Aunque

todo estaba muy limpio, se notaba que allí no habían sobrado los dólares jamás.

—Mi marido iba a Satanta una vez al año —dijo Mónica suavemente—. Fue en esta misma época cuando debió venderle esas reses a usted. Pero ahora… ¡todo ha cambiado tanto!

—¿Qué ocurrió?

Mientras ella preparaba café, le dio una versión de lo sucedido, la misma versión que le había contado Burns antes de huir. Conociendo a Starck y los métodos del trust, uno podía imaginar cómo debió haber sido Finney, el muerto. Y después de haber imaginado esto no resultaba difícil comprender que Mónica estaba diciendo la verdad y que Burns debió tener toda la razón del mundo.

Pero nada de eso importaba a Walter.

Él sólo había venido allí a buscar una pista, y cualquier otra clase de consideraciones le tenía absolutamente sin cuidado.

—De modo que Burns ha huido —murmuró.

—Me temo que para siempre.

—¿Y por qué no se la ha llevado a usted?

—Decía que conmigo no podría ir a ninguna parte. Que la vida que le esperaba era demasiado terrible para compartirla con una mujer.

—Lo comprendo.

Walter tomó un sorbo de café, que era excelente, mientras lo escrutaba todo con la mirada. Sus expertos ojos le demostraron que no se apreciaba el menor rastro de un hombre por allí. También en aquello Mónica decía la verdad.

—Ha debido quedar usted en muy mala situación —susurró.

—Más vale no hablar de eso.

—¿Y el *sheriff*? ¿No ha venido por aquí?

—Sí. Y al interrogarme me dio dos bofetadas. Pero yo nada le dije porque nada sé.

Walter asintió, mientras terminaba el café.

—Tal vez pudiera ayudar a su marido —dijo—. Le he tratado sólo una vez, pero me pareció un hombre honrado y digno. Estoy seguro de que su caso pronto será visto de otra manera.

—En eso confío… Y eso es lo que me dice mi corazón, pero mi inteligencia me advierte que es inútil luchar contra el trust. Y que

cuando un ganadero rico muere, sus herederos piden venganza, aunque en el fondo estén muy contentos de haber podido quedarse con la herencia.

—Yo tengo un rancho al otro lado del Cimarrón —mintió nuevamente Walter.

—¿Y… y qué?

—No tendría inconveniente en ocultar allí a Burns. De mí nadie sospecha. Soy un hombre respetado y temido… Le daría trabajo hasta que todo se aclarase, y ésa sería una magnífica solución.

La mujer achicó los ojos.

Por un momento un relampagueo de pena, y también de desconfianza, pasó por ellos.

—Para eso, claro —dijo Walter—, tendría que explicarme más o menos por dónde se encuentra, o quizá enviarle un mensaje usted misma.

—Es que no sé dónde está —balbució ella.

—¿De veras? Es por su bien…

—De… veras.

Walter era lo bastante listo para no insistir en una cosa así. Había que simular desinterés. Había que dejar que el pensamiento y la esperanza penetraran poco a poco en la mente de la mujer, que se fueran cociendo en su propia salsa. Dentro de un día o de dos vería las cosas de distinta forma.

—Comprendo que esto es terrible para usted, señora Burns —dijo—, y no quiero insistir. También he de reconocer que quizá me metería en un mal paso ayudando a su marido. Uno, a veces habla, y no piensa. Sí, eso es. Me metería en un mal paso. Gracias por su café, señora Burns. Ha sido excelente…

Llegó hasta la puerta y allí se detuvo, con estudiada indiferencia, seguido por los ojos expectantes de la mujer.

—Voy a ver si consigo en otro sitio reses como las que criaba su marido —dijo—, pero de un modo u otro es seguro que pasaré por aquí mañana otra vez. O quizá dentro de dos días… Es posible que me detenga a pedirle otro poquillo de ese café tan estupendo, señora Burns. Pero no hablaremos de lo que hemos hablado hoy. No he conseguido más que turbarla…

Hizo un gesto de saludo y se alejó hacia su caballo, montando de un salto.

Si ella sabía dónde estaba Burns, se lo terminaría diciendo. ¡Oh, seguro que sí…! Pero había que, tener paciencia.

Picó espuelas y se alejó en dirección a Satanta. Allí podría pasar un par de días en el hotel, mientras ella maduraba sus pensamientos. ¿Ir a comprar reses? ¡Ni hablar! Las reses olían mal y daban calor. En torno a ellas, todo era polvo. La gente lista como Walter no se cuidaba de eso, sino de alojarse en buenos hoteles. Veríamos cómo era el de Satanta. Pero al menos, aunque las habitaciones no fueran confortables, habría *whisky*. Y quizá alguna chica…

Debía hacer unas dos horas que Walter se había alejado de allí cuando la silueta de otro jinete se recortó en el horizonte, más o menos entre las colinas pedregosas que marginaban el pequeño rancho.

La figura del recién llegado resultaba muy distinta de la de Walter.

Éste era más alto y algo más grueso. Llevaba barba recortada y tenía unos ojos grandes e hipnóticos que, curiosamente, a veces parecían despedir algún reflejo dulce. Sobre sus ropas vaqueras descansaba una capa, lo que le daba un aire anticuado, pues ya hacía tiempo que nadie usaba capa por allí. Se empleaba —y mucho —, para atravesar las Rocosas en las inmediaciones del invierno, pero no en Kansas y en verano. De todos modos, el hombre parecía sentirse muy a gusto con ella.

Llevaba un sombrero negro, un revólver y un rifle. Achicó los ojos para contemplar el pequeño edificio que se divisaba en la distancia.

Sin vacilar, picó espuelas y se dirigió hacia él.

Le ocurrió lo mismo que le había ocurrido a Walter: que una bala de rifle se empotró entre las patas de su caballo.

El hombre se pasó una mano por la boca, pero tras un breve alto siguió avanzando.

La mujer, en el porche de la casa, alzó más el rifle.

—¡No siga! ¡No siga o esta vez tiraré a dar!

—¿Por qué? ¿Es que teme que yo sea un pistolero?

—¡Alce las manos!

El recién venido lo hizo.

Dos manos enguantadas aparecieron por los bordes de su capa,

de modo que Mónica Burns se tranquilizó.

Relajó un poco la tensión de su cuerpo, aunque sin soltar el rifle. Y entonces ocurrió algo que en apariencia era absolutamente inexplicable.

Una tercera mano apareció entre los pliegues de la capa, haciendo un disparo de revólver.

El cañón del rifle que sostenía Mónica fue partido por el certero balazo. El «Winchester» se convirtió entre sus manos en algo tan inútil como una escoba.

El hombre rió ásperamente, mientras dejaba caer una de sus falsas manos: consistía en un guante relleno de arena y sujeto a la parte interior de la capa, de modo que, mediante el largo palo de que iba provisto, pudiera accionarse con el codo, subiéndolo o bajándolo igual que una mano que hubiera surgido entre los pliegues de aquella capa. Así fingía estar rindiéndose mientras en realidad le quedaban cinco dedos listos para disparar.

Desmontó de un salto y corrió hacia la casa.

Mónica gemía. Pero sus gemidos se transformaron en una especie de grito angustioso cuando vio de cerca el rostro de aquel hombre.

—¡Gunnar!

El forajido volvió a reír.

—Me conoces, ¿eh?

—Todo el mundo conoce… a Gunnar. Todo el mundo ha visto su cara en… en algún pasquín.

—Celebro que me conozcas, porque así ya sabes que yo no soy de los que pierden el tiempo. He venido a saber dónde está Burns. ¡Quiero que me lo digas o te mato!

Mónica intentó dar media vuelta y entrar en la casa, pero sólo lo consiguió a medias. Un poco más allá del umbral, la mano derecha de Gunnar la sujetó por el vestido, se lo desgarró y la lanzó al suelo. Una vez allí le estuvo dando puntapiés en los flancos, furiosamente, hasta tener la sensación de que le había roto las costillas.

En el suelo, desmadejaba, gimiendo, Mónica farfulló:

—No… no sé nada…

—A ti debió decirte adónde iba. ¡Habla!

—No, no me lo dijo…

Gunnar la sujetó por el lado delantero del vestido, con la mano

izquierda, y la alzó un poco. Mientras tanto, con la derecha, empezó a abofetearla hasta partir los labios a la mujer, cuya cabeza iba de un lado para otro.

—No sé… nada. ¡No sé nada! ¡No sé nada…!

Gunnar siguió golpeando. Sólo cuando Mónica hubo perdido el sentido, la soltó.

Respiró entonces hondamente, como si estuviera cansado.

Pero unos segundos después se volvía con la rapidez de un reptil, mientras sacaba su revólver. Acababa de tener la sensación de que había alguien a su espalda en el umbral de la puerta.

Y no se equivocaba.

Dos hombres estaban allí, pero no habían sacado sus armas. Le miraban con unas sonrisas torcidas que eran a la vez entre amistosas y burlonas.

—¡Eh, Gunnar! ¡No tires, cuerno!

Él los miró con asombro.

—Peter y James… ¿Qué hacéis aquí?

—¿Tanto te extraña?

—Estabais condenados a diez años en mi misma penitenciaría… Nos veíamos todos los días a la hora del paseo…

Peter rió.

—¿Es que crees que ese sinvergüenza de Pinkerton sólo iba a dejarte escapar a ti? Se hubiera notado demasiado… Tuvo que improvisar una especie de motín para que las puertas quedaran abiertas. A ti te contó lo que le interesaba para que pudieras escapar, pero no te lo contó todo. Oíste muchos disparos, ¿no? Pues bien, en ese «motín» escapamos nosotros también. Y te hemos venido siguiendo…

Gunnar clavó en ellos sus ojos helados.

—¿Qué queréis? —musitó.

—Pues…

—Yo trabajo solo. Todo el mundo lo sabe. No admito la compañía de nadie. ¡Yo trabajo solo!

—No se trata de eso, Gunnar. No queremos trabajar contigo. Sólo queremos hacerte una proposición: ir juntos hasta el límite sur de Kansas. Será un camino muy peligroso, y entre los tres nos defenderemos mejor. Luego nos separaremos.

—No voy a moverme de Kansas. O, mejor dicho, no lo sé. Todo

depende de dónde esté el marido de esta zorra.

Ella había recobrado el conocimiento y les miraba con ojos desencajados. Sólo acertaba a balbucir:

—No sé nada…

James murmuró:

—Buscas a Burns, ¿no?

—Sí, pero esta maldita no quiere soltar prenda. Tendré que acabar con ella…

Los ojos de Peter brillaron.

—Es lógico… No conviene que alguien pueda decir que te ha visto por aquí. Pero no la mates demasiado pronto, Gunnar. Nosotros también tenemos algo que ver en esta fiesta.

—¿Qué queréis decir?…

—Pues…

Y clavaron en la mujer dos pares de ojillos pequeños, duros y diabólicos.

—Debió ser muy bonita —dijo Gunnar—. Sí… Seguro que me hubiera gustado conocerla hace tres o cinco años. Pero ahora las privaciones la han estropeado bastante… Parece más vieja.

—La que fue bonita siempre conserva —dijo James lentamente —, y esta conserva muchas cosas aún. Además, nosotros llevábamos dos años entre rejas. Dos años sin ver de lejos a una mujer…

Gunnar, por toda respuesta, tomó a Mónica como si fuera un saco y la arrojó a los pies de los dos hombres. Lo mismo James que Peter tendieron sus manos hacia ella.

Y Mónica chilló desesperadamente, locamente, inútilmente…

CAPÍTULO VII

El hombre silbaba alegremente mientras iba avanzando hacia la casa. Convenía dar la sensación de que no estaba preocupado por nada, de que aquel asunto le importaba muy poco. Sólo así, Mónica confiaría lo bastante para explicarle lo que sabía.

A Walter no dejó de extrañarle que ella no le hiciera esta vez un disparo de advertencia. Aunque quizá ya le había reconocido a distancia y sabía que no era de temer.

Pero conforme avanzaba hacia la casa, la sensación de extrañeza se iba acentuando.

No se divisaba a nadie, y los escasos animales que estaban tras los vallados mugían sordamente, indicando que tenían hambre y sed.

—¡Señora Burns! —llamó Walter—. ¿No está usted, señora Burns?

Nadie le respondió.

Atravesó entonces el umbral, y tampoco vio nada. Pero más allá de la habitación principal había una puerta que el viento hacía oscilar y crujir sordamente. Se adivinaba tras ella un universo hostil, cargado de sombras. Debía ser el dormitorio del matrimonio Burns, pero más que un lugar para el amor, aquello parecía una anticipación de la tumba.

Dominado por una oscura sensación, Walter penetró más allá de aquella puerta.

Junto a la cama, cuyas ropas estaban deshechas, vio a la mujer. Estaba muerta; debía llevar muerta al menos veinticuatro horas. Pero no fue eso lo que más impresionó a Walter.

Sino lo que habían hecho antes con ella.

Se adivinaba fácilmente lo ocurrido, no sólo por el aspecto de la

mujer, sino especialmente por el desorden de sus ropas. Y se llegaba también a la conclusión de que no había sido un solo hombre.

Lo ocurrido allí, había sido miserable. Y, para terminarlo, Mónica recibió dos balas en el pecho.

Una expresión dolorida asomó al rostro del joven. Pero hay que decir que no fue solo por la pena que le inspiraba la mujer, sino por otra razón más sórdida. Ahora ya no podría averiguar nada sobre el paradero de Burns, y él no estaba dispuesto a recorrer de un lado a otro todo Kansas.

La sujetó por los brazos y la sacó de allí, confiando en que nadie le viera hacer aquello, porque de lo contrario le tomarían por un asesino. Sacó a la mujer de la casa, buscó una pala y empezó a abrir una tumba no lejos de allí. Cuando fue lo bastante honda, introdujo en ella el cuerpo de Mónica y la cubrió.

Era el sepulcro más sencillo que había visto nunca: ni una señal, ni una lápida, ni una simple cruz.

Las escasas reses seguían mugiendo detrás de los cercados: Ahora se comprendía que hubieran pasado sed y hambre. Walter masculló:

—¡Ya va! ¡Ya va! ¡Callad de una vez!…

Buscó forraje y luego vertió unos cuantos cubos de agua en los abrevaderos. Pero de todos modos era evidente que las reses seguirían sufriendo en cuanto él marchara de allí. Terminó dejándolas libres, para que se defendieran en la gran llanura solitaria, cosa que sabrían hacer mejor que él mismo.

Luego empezó a investigar en la casa. Lo primero que notó fue que había en las cercanías huellas de tres caballos: dos que habían llegado juntos y uno que había llegado solo. Se trataba, pues, de tres hombres.

Las marcas de las herraduras eran normales, y por ahí no averiguó nada que le fuera útil. En cambio, las huellas de los pies ya fueron otra cosa.

De los tres hombres uno andaba «a las dos menos diez», como vulgarmente se dice, o sea que tenía los pies planos. Los otros dos tenían un caminar perfectamente normal.

Ésa fue la única conclusión a que llegó Walter: tenía que buscar a un hombre con los pies planos.

No iba a hacerlo para vengar aquel crimen, ya que la idea que

Walter tenía de la justicia era más bien un poco teórica y consistía sencillamente en esto: que cada uno se las apañe como pueda. Si a Mónica le había tocado recibir, allá ella. Ya se sabe que para que haya algunos pocos muy felices, tiene que haber muchos muy desgraciados. Si Walter quería encontrar a los culpables de aquel repugnante asesinato, era sencillamente para que no le acusaran a él de haberlo cometido.

Se lavó bien, se encasquetó el sombrero y volvió a montar en su caballo de un salto.

Infiernos, aquello le iba a dar más trabajo del que pensó. Nunca creyó que casarse con la hija de Starck fuera tan complicado. ¡Y pensar que si el *sheriff* llega a venir cinco minutos más tarde…!

Partió al galope. Ahora tendría que buscar a Burns por todo Kansas antes de matarle. ¡Perra suerte la suya!

CAPÍTULO VIII

Cerca de Satanta se halla, en el condado de Stevens y al otro lado del río Cimarrón, una pequeña población llamada Moscow, y cuyo nombre se escribe exactamente igual que la capital de todas las Rusias.

Se ignora si los que la fundaron fueron rusos exiliados, aunque lo más fácil es que no. Hubo una colonia zarista, y por consiguiente hubo rusos en California, pero no en Kansas. Lo probable es que los que llamaron Moscow a aquel villorrio no tuvieran ni la menor idea de que Rusia existía.

En Moscow había una casa cuya magnificencia destacaba muy por encima de todas las otras. Era una de las casas de Finney, donde éste pasaba largas, temporadas. Allí había sido conducido su cadáver, después de ser recogido junto a los cercados de Satanta, y de allí había salido para su última morada.

Las ventanas y las puertas de la magnífica casa habían sido adornadas con crespones negros.

La servidumbre había sido vestida de luto también, y todo el mundo andaba en silencio, cuchicheando, después de la ceremonia.

Pero ahora había mucha gente en aquella casa, que antes sólo habitaron Salomé y Finney. Todos los parientes, hasta los más pobres, habían llegado para las exequias y por si podían arañar alguna cosa. Los otros parientes, los ricos, ocupaban las mejores habitaciones y bebían en silencio botellas y más botellas de excelente vino de California, mientras se preguntaban cuándo sería leído el testamento.

Salomé Wingate, la jovencísima viuda, había entrado en su habitación. Estaba cansada después de tanta comedia. Estaba cansada, sobre todo, por haber tenido que derramar unas lagrimitas

que le costaron tanto esfuerzo como acarrear piedras durante toda una semana.

Ahora se disponía a dormir. Estaba ya harta de todo aquello, harta de aquella comedia y de todos los parientes de Finney, tan repulsivos como lo fue él Al día siguiente les haría leer el testamento, les demostraría que toda la herencia era para ella y los enviaría al infierno.

Empezó a quitarse las medias.

Éstas eran negras. Por fin no había tenido más remedio que vestirse de riguroso luto, aunque el color negro nunca le había gustado.

La puerta, que había olvidado cerrar con llave, porque al vivir sola en el rancho jamás había necesitado hacerlo, se abrió bruscamente. La figura de un hombre se recortó en el umbral.

Ella no se movió.

Así, con la pierna ligeramente alzada y en una actitud más que seductora, quedó quieta mientras en sus labios se dibujaba un indefinible rictus de desprecio.

—Te sienta bien el luto —dijo él, entrando tranquilamente—. A mí me gusta.

Y cerró la puerta a su espalda.

El hermano de Finney se parecía a Finney. Jonathan era el principal aspirante a la herencia, el principal aspirante después de ella, naturalmente. El único hermano del Finney, muerto. Diez años más joven que él, pero no por eso diez veces menos repugnante. No, no… Todo lo contrario. En la cara, en el tipo, en el carácter, era como una vivida reproducción del muerto.

—Me gusta —insistió él—. Me gustan mucho. Tienes unas piernas maravillosas…

Salomé terminó de quitarse la media con toda tranquilidad y luego se bajó la falda.

—Fin —dijo.

Jonathan arqueó una ceja.

—No creo que hayas sentido mucho lo de mi hermano —dijo—. Conmigo no necesitas hacer comedia, muñeca.

—¿Y tú? ¿Lo has sentido tú?

—¿Por qué? En el fondo, él y yo éramos competidores. Trabajábamos en lo mismo, en ganado de calidad. Y a los dos nos

gustaban las mismas cosas.

La miró significativamente.

—No sé por qué me miras así —dijo Salomé brutalmente—. Estoy marcada. Tu hermano me puso algo así como un hierro en la espalda. Llevo el distintivo de su rancho, y es un distintivo tan sucio que en toda la vida me lo lograré, quitar por mucho que me lave.

—Pero ahora tu dueño ha muerto —dijo Jonathan.

—Eso no importa. No consentiré que me pongan el hierro nunca más. No consentiré que vuelvan a llevarme al mercado a ver si hay algún ricacho que me compra.

—Ahora la ricachona eres tú, ¿verdad?

—¿Te molesta?

Jonathan avanzó dos pasos y se plantó ante ella. Era muy alto, era un verdadero gigante. Pareció abrumarla con su presencia, y Salomé se dijo, intranquila, que no lograría defenderse si él la besaba.

—Debí ser yo quien me casara contigo —dijo él—. Ya sabes que siempre lo he pensado así. Claro que debía ser yo… Porque tú me gustas mucho, muñeca. Me gustas con locura.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque así entras también a disfrutar de la herencia?

—Lo digo porque me gustas…

—El cuerpo de tu hermano todavía está caliente —dijo ella—. Cuidado. ¿Es que no has sentido vergüenza jamás?

—¿Y tú, preciosa? ¿La has sentido alguna vez?

Tendió las dos manos hacia adelante y la sujetó brutalmente. La puso en pie de dos zarpazos. Salomé notó que en su vestido se formaban dos jirones y que la piel le escocía.

—¡Déjame!

—¿Qué vas a hacer? ¿Chillar como una criada?

—Te digo que… ¡me dejes!

Salomé no era una niña, sino todo lo contrario. Era una mujer joven, corpulenta y con fuerza. Se hubiera defendido de cualquier hombre, pero no pudo defenderse de aquel que la aprisionaba como si, en efecto, fuera una débil muñeca.

La besó quietamente, apretadamente, mientras farfullaba:

—¡Nena…!

Ella comprendió que necesitaba salir del dormitorio. Lo más

peligroso que podía ocurrirle era seguir allí.

—Jonathan… —jadeó—. ¿Por qué no hablamos fuera?

—¿Hablar? ¿De qué?

—De nuestras cosas…

—¿Quieres decir que podemos llegar a un acuerdo?

—Yo soy una chica muy discreta. Me gusta llegar a toda clase de acuerdos, mientras nadie lo sepa…

Jonathan Finney rió con suficiencia. Bueno, eso era lo que él había deseado. Ya la tenía en el saco, y el dinero también.

—Salgamos —accedió.

El dormitorio daba a una grande y silenciosa terraza, y desde la terraza se podía bordear la casa por una escalera, hasta llegar a la parte posterior. Allí había una serie de prados silenciosos y tranquilos. Las cercas para el ganado quedaban algo lejos. Salomé fue caminando hasta allí, y Jonathan Finney no se opuso, porque mientras más lejos estuvieran de la casa, mejor para él.

Al fin Salomé se apoyó en una de las cercas.

Sus ojos brillaban en la semioscuridad.

No había encontrado ningún medio para librarse de aquel hombre, porque no quería llegar al extremo de pedir socorro y armar un escándalo. Jonathan era lo bastante cínico para decir y jurar que era ella la que le había estado provocando a él. Y los parientes del difunto, que siempre la habían mirado con odio, darían saltos de alegría al creerlo.

Pero, de todos modos —confiaba Salomé—, nada de lo que podía ocurrir allí sería tan grave como lo que pudo suceder en su dormitorio.

—Seamos razonables —empezó a decir—. Tenemos que dejar pasar un tiempo y…

Él la sujetó entre sus potentes brazos y la besó de nuevo.

Parecía impaciente por beber su aliento, por libar en su boca.

—¡Déjame! ¡Por favor, déjame!

—¿Entonces por qué me has traído hasta aquí?

—¡Quería hablar contigo! ¡Sólo hablar!

Y se apartó de los rudos brazos del hombre. Él le largó un zarpazo.

—¡Maldita zorra!

Logró hacerla caer al suelo. Fue a sujetarla de nuevo.

Y en ese momento una sombra pareció abatirse sobre Jonathan Finney. Era la de un hombre que usaba una barba recortada y llevaba una capa negra.

Jonathan se volvió. Lo miró con asombro, con ojos terriblemente desorbitados.

—No… ¡No puede ser! —farfulló—. ¡Es imposible!

Las manos de Gunnar fueron hacia su cuello. Gunnar era mucho más fuerte que él, era un verdadero titán. Jonathan intentó sacar el revólver que llevaba bajo su levita, pero ya no pudo.

Gunnar, loco de furia, le estaba golpeando la cabeza contra los gruesos maderos de las vallas.

—Creías que iban a ahorcarme, ¿eh? Claro que sí… ¡Eso creían todos! ¡Todos los sucios ganaderos de Kansas pensaban que no iban a ver más a Gunnar! ¡Eso es! ¡Que no le verían más!…

Salomé balbució:

—¡No le mates!…

Pero eso era pedir demasiado a Gunnar. La frase «no le mates» carecía de sentido para él. Loco de ansia homicida siguió golpeando la cabeza de Jonathan Finney contra las maderas de la valla, hasta que el rico ganadero se derrumbó entre sus manos como una cosa flácida.

Gunnar le sujetó la cabeza, y por el modo como ésta volvió a caer comprendió que aquel hombre no le daría ya más preocupaciones. Que lo había matado.

Salomé, junto a él, respiraba agitadamente. Y le miraba con ojos brillantes, con ojos de loba en celo.

—Gunnar… —musitó.

—¿Te sabe mal que haya acabado con este tipo?

—Hubiera tenido que matarlo de todos modos. Pero ahora hay que hacerlo desaparecer.

—De acuerdo. Yo me lo llevaré para enterrarlo en cualquier sitio donde no lo encuentren, y tú haces desaparecer su equipaje y todo lo demás. Dirás que se ha ido.

Salomé se acercó a él.

—Sí, Gunnar…

—Ya me enteré de que salí gracias a ti. De que, a no ser por tu ayuda, me hubieran ahorcado.

Ella se apoyó en su pecho, alzando los labios hacia Gunnar.

—Lo que no dije fue que te conocía. Que habíamos tenido un hijo antes de que yo me casara con Finney. Que tú eres el único amor de mi vida. No, eso no lo sospecha nadie…

Y los labios de aquellos dos seres se unieron en un beso largo, profundo, en un beso que estaba cargado de sueños secretos y de complicidades miserables.

CAPÍTULO IX

Venía fijándose en todas las huellas desde que entró en la ciudad.

Desde que puso los pies en Copeland, en el condado de Gray, aquel forastero llamado Walter no había hecho más que mirar al suelo, como si se dedicara a buscar monedas pérdidas o colillas de cigarros. Pero lo que buscaba no era eso, sino algo muy distinto: el rastro de tres asesinos, de uno de los cuales sabía solamente que tenía los pies planos.

Kansas es un Estado —o lo era entonces—, por dónde se hacía muy difícil pasar sin dejar por todas partes huellas de pies. Una sempiterna capa de polvo cubría calles y tejados de edificios en las rutas ganaderas, y esas rutas pasaban inevitablemente por las principales poblaciones, sobre todo las que estaban cerca de los ríos donde las reses pudieran abrevar. Copeland era una de ellas.

Por eso, Walter miraba los centenares y centenares de pisadas que se marcaban aquí y allá. Pero unas borraban las otras. Era muy difícil dar con algo positivo.

Un vejete que cargaba cachazudamente su pipa le miró mientras buscaba.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Ha perdido su portamonedas?

—No, no es eso.

—¿Quizá las enaguas de su novia?

Walter arqueó una ceja.

—Se va a reír si se lo digo.

—Yo no me he reído desde que una adivina me vaticinó que mi suegra viviría más que yo, amigo. ¡Y ya hace años de eso! Pero suelte lo que sea, porque a lo peor me carcajeo y se me cae la dentadura postiza.

Walter murmuró:

—Busco a un hombre que tiene los pies planos.

—Ah… Y por su modo de andar, con las puntas de los pies muy separadas, trata de identificar sus huellas, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Cómo sabe que está aquí?

—He seguido las huellas de tres jinetes hasta las cercanías. Luego se confunden con otras muchas, pero tengo la sensación de que los tres se han detenido en Copeland. Y quizá alguno de ellos siga todavía aquí.

El viejo encendió su pipa.

—No recuerdo haber visto a nadie con los pies planos, amigo, pero le daré un consejo: Vaya al saloon, pida una gran jarra de cerveza fría y siéntese en el banco que hay en el porche, cerca de la puerta. Prácticamente todos los habitantes de la ciudad terminan pasando por delante de ese banco a una hora u otra. Si su hombre está en Copeland, usted lo verá. Sólo tiene que fijarse en los pies de los hombres y sobre todo en las pantorrillas de las chicas.

Walter lanzó una carcajada.

—Desde luego es un buen consejo, amigo. Un buen consejo…

Y fue en dirección al saloon. Allí pidió, en efecto, una gran jarra de cerveza muy fría. Y se sentó en el largo banco que había a un lado de la puerta.

Hacía falta paciencia para aquello, pero Walter la tenía, y además necesitaba seguir aquel asunto hasta el fin, hasta sus raíces. Si no encontraba y mataba a Burns, nunca conseguiría ser millonario.

Era muy probable que los hombres que mataron a Mónica supieran algo. Y así, aparte de quitarse de encima todas las sospechas, tal vez daría con la pista que buscaba.

Durante dos horas, Walter no notó nada que le llamara la atención. Pero estaba anocheciendo ya cuando vio a aquel tipo.

Mejor dicho, los pies de aquel tipo.

Andaba exageradamente con las puntas de los pies hacia fuera, es decir, a «las dos menos diez», como él había supuesto. Podía no tener nada que ver con el crimen, pero había un par de circunstancias que indicaban lo contrario: Primera, sus pies eran de la medida aproximada de las huellas; segunda, se trataba de Peter, un asesino que todo el mundo suponía estaba cumpliendo condena

en el penal de Meade.
Venía solo.
El tipo se coló en el saloon y se acodó en la barra.
Walter entró también, como un ciudadano muy modosito y muy pacífico, con su jarra de cerveza vacía en la mano. La depositó en la barra y dijo en voz alta:
—Ese caballero que acaba de entrar que pida lo que quiera. Le invito yo.
Peter volvió la cabeza bruscamente y le, miró a los ojos.
Hizo un esfuerzo de memoria, pero no recordaba haber visto a aquel tipo nunca. No le conocía.
—¿Por qué ha de invitarme? —murmuró.
Walter le, miraba a los ojos fijamente también.
—Para compensarle de la mala suerte que usted tiene —dijo.
—¿Mala suerte yo? ¿Por qué?
—¿Y lo pregunta? A mí me dio mucha pena, la verdad. Por una vez que consigue algo de una mujer, resulta que era una pobre ranchera prematuramente envejecida.
Aquella mirada que tenía tan hipnóticamente clavada en los ojos de Peter le indicó que no se había equivocado. Leyó sobresalto y asombro en su expresión. Era la cara de un hombre al que han cazado y todavía no comprende por qué.
Balbució:
—¿Qué dice?
—Usted lo sabe mejor que yo. Me estoy refiriendo al rancho de un hombre llamado Burns. Un rancho que daba pena. ¡Y si hubiera visto a su mujer! Daba más pena aún. Hubo tres individuos que no dejaron de ella nada aprovechable.
Peter palideció.
Sus manos, que estaban sobre la barra, descendieron poco a poco hasta la cintura, y todos los clientes más o menos próximos optaron por dirigirse a zonas más protegidas. En un momento quedaron solos Walter y él.
—¿Dónde están sus dos amigos, Peter?
—No sé… de qué me habla.
—Bueno, en ese caso, ya que no puedo terminar con los tres, terminaré con uno… Todos son testigos de que le acuso de la violación y muerte de la esposa de un ranchero llamado Burns. Y

son testigos también de que la dejo cumplidamente vengada…

Peter lanzó un grito. Llevó la derecha al revólver, llegando a tocar la culata.

Nada más.

De pronto lanzó un alarido, cuando su pecho fue mordido por el plomo. Walter había disparado dos veces antes de que el otro llegara a rozar con su dedo el gatillo.

Peter se desplomó, mientras en su camisa asomaban dos manchas de sangre. Aún intentó sujetarse al borde de la barra y hacer un esfuerzo terrible para sostenerse en pie. No pudo. Lanzó un último estertor y cayó de bruces, quedando definitivamente quieto.

Todos miraban con asombro a Walter, quien estaba guardando poco a poco el revólver. Debió haber alguien que le reconociera a través de los pasquines que se habían distribuido profusamente por los Estados vecinos, aunque no en Kansas. Pero si alguien le reconoció, se lo guardó muy adentro para no armar más líos.

El dueño del saloon barbotó:

—A Burns le buscan por todas partes…

—Pero a su esposa no la buscaban.

—¿Lo ha hecho para vengarla?

—Ajá.

Con aquello, Walter ya había demostrado su inocencia en cuanto a aquel crimen, ya que pudo haber sido acusado de él si alguien le había visto salir de la casa. Su primer objetivo estaba cumplido. Ahora le faltaba conseguir el segundo: encontrar huellas de Burns.

Empezó a registrar tranquilamente el cadáver por si algo llevaba encima que pudiera interesarle. Nadie le interrumpió en aquella macabra tarea. Sólo encontró unos cuantos billetes y una certificación de buena conducta, sin duda falsificada, ¡porque era el colmo que un tipo como Peter pudiera tener una certificación así! Había también un llavero con la marca de un rancho, el cual sobresalía por uno de los bolsillos del chaleco del muerto. No colgaba de él ninguna llave. Simplemente Peter lo había llevado como un adorno.

Walter lo miró.

Era la marca de un rancho que estaba en las cercanías. Podía no significar nada o podía significar mucho. En todo caso valía la pena

darse una vuelta por allí, para saber cómo era posible que un recluso como Peter tuviera un llavero con la marca de un rancho honrado, o aparentemente honrado al menos. Sí, lo dicho: Se daría una vuelta…

CAPÍTULO X

El rancho era rico, de los más ricos que había visto Walter, si se exceptuaban las maravillosas posesiones que tenía un tipo como Starck, y de las que él pensaba convertirse pronto en dueño. Honradamente, claro está. Casándose con la muñeca de su hija…

Para llegar hasta allí, había tenido que cruzar el río Bear y llegar hasta el condado de Stanton. La frontera de Colorado quedaba muy cerca del lugar, y continuamente se veían caravanas. Walter llegó a una población llamada Manter, cerca de la cual se encontraba el rancho. No hacía falta ser muy observador para encontrar reses con su marca por todas partes.

La marca era la misma que ostentaba el llavero. No cabía duda de que estaba en el buen camino.

Se acercó al rancho.

Ya desde cierta distancia le pareció notar una insólita animación, y hasta a sus oídos llegaron los ecos de algunas canciones vaqueras. Era evidente que se estaba celebrando una fiesta.

Mejor.

A él le gustaban las fiestas, sobre todo si terminaban a tiros. Algunos le reprochaban que eso era de mal gusto. Walter solía contestar que algún defecto ha de tener uno… y como él, en lo demás, era todo virtudes.

Llegó cerca de los edificios exteriores.

Algunos vaqueros, en efecto, rasgueaban guitarras mientras otros entonaban canciones. La cerveza era sacada a jarras de un enorme y espumeante barril cuya parte superior habían abierto. Cerca de allí se asaban unas cuantas reses que despedían un apetitoso aroma. Era una fiesta vaquera por todo lo alto.

En el interior de la casa también debía celebrarse otra, aunque más selecta, pues se veían muchas luces y se oía la leve música de varios violines.

Un vaquero se acercó a Walter.

—Bienvenido, amigo.

—Gracias, hombre. ¿Qué pasa aquí?

—El cumpleaños del patrón. Hoy hace sesenta.

—Y lo celebráis por todo lo alto, ¿eh? Buena idea. ¿Hay un poco de carne y unas cuantas jarras para un forastero hambriento?

—Como si quieres comerte un buey, muchacho. Si se acaba una res desollamos otra, y si hasta las reses se acaban desollamos a la suegra del patrón, que es la vaca más gorda que tenemos.

Todos los que habían escuchado aquello prorrumpieron en carcajadas. El ambiente era de la mayor alegría. Y no había ningún borracho, cosa que decía mucho en favor de aquel rancho.

Walter se apeó, llevó su caballo a la cuadra, donde había grano para hincharse y luego sacó su cuchillo, cortando un pedazo de asado más que respetable. Una robusta matrona que merodeaba por allí le dio dos tortas de maíz para acompañarlo. Y un vaquero le tendió una jarra, indicándole por señas que sería tonto si no iba y la llenaba inmediatamente de cerveza.

El joven así lo hizo y comió con los vaqueros, comentando mil menudencias acerca de la situación de la ganadería en Kansas, situación que él conocía muy bien, pues no en vano formaba parte, por decirlo así, del poderoso clan de Starck.

Pero no mencionó para nada el llavero que había encontrado sobre el cadáver de Peter, porque eso podía espantar la caza. No diría una palabra sobre aquello hasta conocer muy bien en qué clase de terreno se movía.

Uno de los vaqueros le preguntó:

—¿Buscas trabajo?

—No, por ahora no.

—¿Pues entonces a qué cuerno te dedicas? ¿Eres rico?

—No. Sólo gasto mis ahorros. Trabajé hace una semana. Ahora quiero hacer unas vacaciones recorriendo el país.

—Eso está bien, pero el dinero se va enseguida, amigo. Si quieres emplearle, éste es un buen sitio. Y siempre hace falta gente.

—¿Quién es el patrón?

—Se llama Reg.

—¿Buena persona?

—Él sí. Su hijo no tanto. Pero el hijo tiene la ventaja de que siempre anda detrás de las faldas y no se ocupa de nada. Ni muchísimo menos se mete con nosotros.

Walter rió.

—Gracias por los informes, pero yo necesito saber algo más. Por ejemplo, ¿cómo, está esto de chicas?

—De chicas, mal. La única que vale la pena, ¡y de qué modo! Es Sheila. Pero es, ¿cómo te diría?…

—¿Qué es?

—Una cualquiera.

—Vaya… ¿Y por qué?

El otro arrugó el gesto, como si el tema le molestara.

—Si no vas a quedarte aquí, no te importa. Si vas a quedarte, ya lo verás por ti mismo. Ah… Te aconsejo que, por lo menos, participes en el baile.

—¿Un baile?

—Sí. Ésta es una fiesta ranchera con todas las de la ley. Tendremos baile con las chicas del rancho, aunque sean feas, mientras los señorones se divierten ahí dentro. Mira, ahora va a empezar.

En efecto, uno de los almacenes, que había sido vaciado y limpiado a conciencia acababa de ser abierto. Dentro había una magnífica iluminación. Los vaqueros que tenían guitarras entraron en él haciendo sonar un alegre corrido mexicano. Ellos iban a formar la orquesta.

Walter entró también.

Dentro había unas cuantas mujeres, aunque menos que los vaqueros. Se habían emperifollado todo lo posible, pero por ninguna de ellas valía la pena perder la cabeza. Por ninguna de ellas excepto por…

Claro, aquélla debía ser Sheila.

Walter le calculó unos veintiún años. Era magnífica, era una mujer como mandan las leyes. Tenía de todo, y hasta un poco más para los que quisieran propina. Aunque iba vestida con sencillez, sus curvas resaltaban poderosas bajo la tela. Poderosas y al mismo tiempo juveniles. Porque Sheila, que de lejos parecía algo delgada,

no lo era. Era en todo caso una falsa delgada, que según los entendidos es el tipo de mujer más endemoniado que existe.

Los vaqueros hicieron sonar sus guitarras con más armonía y el baile comenzó. Todo el mundo bailaba en corro, y Walter también lo hizo. No se las daba de gran bailarín, pero los otros tampoco lo eran. Había un par de osos que si le pisan a uno le hacen salir la bota por la lengua. Las mujeres ya lo hacían mejor, en especial Sheila, que al hacerse y deshacerse el círculo pasaba de brazo en brazo.

Hubo un momento en que estuvo con Walter. Éste preguntó:

—¿Tú eres Sheila?

Ella contestó con otra pregunta:

—¿Eres forastero?

—Ajá.

—Entonces más vale que no te acerques a mí. Estoy prohibida.

—¿Por qué?

—¿No te lo han dicho ésos?

A Walter sólo le habían dicho una cosa: Que Sheila era «una cualquiera». Pero no tuvo tiempo de preguntar más, porque enseguida las evoluciones de la danza impusieron un cambio de pareja.

Walter se encontró bailando con una matrona gorda que de un par de entusiastas empujones por poco lo envía contra la pared del otro lado.

Por suerte para él, el baile terminó en aquel momento. Las parejas y el círculo se deshicieron. Y enseguida uno de los vaqueros lanzó al aire la idea:

—¡Que cante Sheila!

—¡Sí! ¡Que cante una de las suyas!

—¡Ahora que no vigila el patrón! ¡Hala, Sheila! ¡No te hagas de rogar! Todos somos hijos de Dios, ¿no? ¿O sólo el patrón tiene derecho a oírte cantar?

La idea había despertado un entusiasmo enorme. Todos los vaqueros gritaban y aplaudían. Las mujeres viejas también. Las jóvenes no tanto, porque toda aquella admiración espontánea debía despertar en ellas un oculto sentimiento de envidia.

Sheila subió a la pequeña tarima donde había actuado la orquesta, cuando se convenció de que, o cantaba ella o gritaban los

vaqueros toda la noche. De modo que dio un par de vueltas que despertaron alaridos de entusiasmo, acompañada por las guitarras. Precisamente por ser tan conocida la letra, todos la coreaban con entusiasmo.

Todos menos Walter, que miraba con inmensa atención a la chica, desde un ángulo de la sala donde nadie podía, notarlo.

¿A quién le recordaba Sheila? ¿A quién?

¿Qué artista había visto él actuar en un saloon de Colorado tiempo atrás? Era otra que tenía más desparpajo, más sensualidad, pero que se parecía a Sheila en los movimientos, en los gestos, en el modo incluso de quedarse quieta de repente, antes de iniciar otra de sus evoluciones. Lo que pasaba era que Walter no podía precisar su nombre.

¡Había visto tantas artistas en los saloons! ¡Y leído tantos nombres en los carteles durante su vida aventurera!

De lo que no cabía duda era de una cosa: la chica era un monumento. Valía la pena haber recorrido medio Kansas para llegar a conocerla.

Pero ¿por qué estaba allí, ocupando un cargo al parecer secundario? ¿Por qué una chica tan preciosa como ella se resignaba a vivir en un rancho perdido en la llanura?

A poca distancia estaban Dodge City, Kansas City, donde se ganaba dinero a raudales. O las pequeñas ciudades de la cuenca del Cimarrón, frontera con Oklahoma, donde había garitos que empleaban «ganchos» de gran categoría. Sólo moviéndose por entre las mesas de juego, aquella mujer hubiera visto caer los billetes en sus bolsillos como en los días de otoño se ve caer la lluvia.

Y encima decían que era una cualquiera… ¿Por qué? ¿Qué había hecho Sheila?

Todos estos pensamientos fueron cortados bruscamente cuando un vozarrón gritó:

—¡Basta!…

La música cesó casi inmediatamente. Sheila quedó quieta en una de sus evoluciones. Todos los vaqueros, miraron confusos hacia la puerta del almacén, donde acababa de sonar aquella voz.

Un hombre de unos veinticinco años, alto y grueso, muy bien vestido, había aparecido en el umbral. Estaba congestionado y a punto de sufrir un ataque de ira.

—¡Basta! —repitió—. ¡He oído esas canciones desde la casa! ¡No me gusta que cante Sheila! ¡Todos lo sabéis! ¡No me gusta que cante Sheila!

Uno de los vaqueros y que por su edad tenía aspecto de ser capataz, murmuró:

—Lo siento, patrón. Ha sido cosa de los muchachos. Como hoy es fiesta, hemos pensado que no le sabría mal.

—¡Ni fiesta ni narices! ¡Sheila no canta delante de todo el mundo! ¡Se acabó!

—Bien, patrón. Chicos, ya habéis oído.

Los de las guitarras las dejaron en el suelo, renunciando ya a seguir la juerga. Varios vaqueros se volvieron de espaldas para ocultar su disgusto. El patrón, no contento con aquello, hizo bajar a Sheila de un zarpazo.

—¡Tú! ¡Fuera!

La sacó casi en volandas del almacén. No cabía duda de que era un tipo que tenía fuerza. La muchacha casi voló hacia la oscuridad de la noche, tan fuerte fue el empujón. El hombre salió tras ella con paso firme y decidido.

Se había hecho un atroz silencio. Walter no sabía qué pensar. El vaquero que antes le había preguntado si quería quedarse en el rancho, se acercó a él.

—¿Has visto?

—Sí. ¿Quién es ése?

—El hijo del patrón. No tardará en mandar sobre todo esto y sobre todos nosotros. Ahora ya el viejo le deja hacer lo que quiere.

—Pero ¿por qué se ha emperrado con lo de Sheila?

—¿Quieres que te diga un secreto?

—Hombre, si no es peligroso, dímelo.

—Pues para mí que la chica le vuelve tarumba. No para casarse, claro. Para lo otro. Sheila tampoco merece demasiado que la lleven al altar vestidita de blanco porque ya te he dicho que es una golfa. Pero no le hace caso al patrón, no sé por qué. Y a él le saca de quicio ver que nosotros la miramos.

Walter insinuó una sonrisa.

—Yo tengo una idea muy clara de las mujeres, muchacho —dijo —. Y no demasiado romántica. ¿Sabes tú lo que quiere ésa?

—¿Qué?

—Pues justamente ir al altar vestidita de blanco… y del brazo del hijo del patrón. ¿Qué conseguiría yendo a parar a su alcoba por las buenas? ¿Ser nombrada ama de llaves? ¿Quizá una bolsa llena de monedas? Poca cosa para una chica con tanta clase. Lo que está haciendo es madurar al patrón, volverlo loco. Es una táctica más vieja que las mujeres. Cuando él vea que no consigue nada, irá detrás de Sheila lanzando florecitas blancas y gritando como un colegial: «¡Me caso, me caso, me caso!…»

Su nuevo amigo lanzó una carcajada. Y Walter hizo un gesto de despedida, indicando que por aquella noche era suficiente.

—¿Te vas?

—No parece que el ambiente acompañe ya mucho. Dormiré por ahí y quizá mañana vuelva. Tal vez me interese lo que me has dicho acerca de trabajar una temporadita aquí. Es verdad eso de que el dinero se acaba antes que un cigarrillo fumado entre cuatro…

Hizo un nuevo gesto de despedida y salió.

Había cerrado la noche ya por completo, y el cielo estaba tachonado de estrellas. A Walter siempre le habían gustado, siempre le habían extasiado las noches purísimas de Kansas. Claro que terminaba encogiéndose de hombros y diciéndose a sí mismo que ése era un remordimiento idiota. «Lo que a mí me interesa es el dinero —pensaba—. El día en que todas las estrellas sean monedas miraré el cielo de otro modo…»

Anduvo hacia los cercados, caminando silenciosamente sobre la hierba mullida. Necesitaba poner un poco de orden en sus pensamientos. Pero fue entonces cuando oyó aquellas voces.

Procedían de la oscuridad y eran claras y tensas. Se trataba de un hombre y una mujer.

—Déjeme… ¡Déjeme, patrón…!

—No te hagas la remilgona ahora. Todos sabemos lo que eres. Todos sabemos que cuando te ha interesado no has puesto reparos a nadie…

—¡No… no tiene derecho a decir eso!

—¿No? ¿Y la prueba? ¿Es que no tenemos todos, la prueba delante de los ojos?

Ella gimió.

—¡Por favor…!

Se escuchó una carcajada breve y furtiva, que al mismo tiempo

estaba cargada de pasión.

—Déjeme…

—Calla, golfa…

Walter se acercó. Había reconocido ya las voces: Eran las de Sheila y el hijo del patrón. Tenían razón los vaqueros: el fulano andaba como loco detrás de la chica, pero no quería hacerlo dando vueltas, sino ir en línea recta.

—¡O me suelta o…!

—¿Me amenazas? ¿Me amenazas, puerca?

—¡Le digo por última vez que me suelte!

Se oyó un forcejeo en la oscuridad, que para Walter ya no era tan espesa, pues estaba cerca y lograba ver las dos figuras. Una de ellas tenía casi doblada a la otra, que pugnaba por huir.

El joven se apoyó en una valla cercana e hizo:

—¡Ejem!

El gordo soltó inmediatamente a la muchacha. Se volvió con mirada maléfica.

Para que pudiera verle mejor, Walter encendió un cigarrillo con un fósforo.

—¿Quién es usted? —masculló el hijo del patrón—. ¿Qué es lo que busca aquí?

—Soy un forastero.

—¡Pues largo! ¡Nadie le ha llamado!

—No sé, no sé… Yo tengo la sensación de que esa chica, con el pensamiento, lo hacía.

Sheila guardaba un tenso silencio. Pegada a la valla, se iba alejando poco a poco, muy poco a poco.

Walter lanzó el fósforo.

—Bueno, patrón, deje que se largue…

—¡Usted no me da órdenes! ¡No me las da, maldito! ¡Ni usted ni nadie!…

—No se ponga así, hombre. Encima que le llamé «patrón» y todo, sin que lo sea todavía…

El tono burlón de la voz de Walter sacó de quicio al otro. Se lanzó hacia él como un toro.

Venía ciego y eso facilitó las cosas. Walter sólo tuvo que mover la derecha.

El terrible gancho hizo crujir la mandíbula del «patroncito», que

cayó hacia atrás como un fardo.

Aún intentó levantarse, pues no estaba completamente K O., pero eso fue peor para él. Porque hizo que recibiera los golpes en sesión doble.

Dos directos fueron ahora a sus cejas, y un cruzado a la sien izquierda, dejándole completamente aturdido. Cuando cayó de nuevo, ya no tenía fuerzas, ni para respirar.

Walter no había tenido ni que quitarse el cigarrillo de los labios. Estaba tan tranquilo como si jugara a las cartas. Lanzó el cigarrillo ahora y lo apagó con el pie.

Luego echó a andar lentamente alejándose de allí. Por aquella noche ya habían sucedido bastantes cosas y no quería insistir.

Una sombra surgió entonces junto a él. Era la muchacha a la que el patroncito trataba de «consolar» por su soledad. La que tanto entusiasmaba a los vaqueros y había llegado a entusiasmarle a él mismo, aunque después decidiera olvidarla.

Sheila estaba muy quieta junto a las tablas del cercado.

Diríase que no respiraba.

Walter pasó junto a ella y dijo sencillamente:

—Buenas noches, hermanita.

—Espere.

La voz de Sheila era queda, susurrante.

—¿Qué hay?

—No recuerdo haberle dado las gracias.

—No hace falta; ha sido un placer.

—Nadie se pelea con el hijo del patrón sin pagar las consecuencias, amigo mío. Le aconsejo que se vaya de aquí.

—Iba a hacerlo. Pero lo aconsejable sería que usted se fuera también; aquí no puede vivir.

—Los vaqueros me respetan; son buena gente. Noto que murmuran de mí a mis espaldas, pero nunca me dicen nada en voz alta. Entre ellos he llegado a sentirme bien, a pesar de todo.

Walter se apoyó también al cercado y la miró fijamente. Era bonita la condenada. Era seductora, había sido hecha para el amor. Y seguía recordándole a alguien, aunque Walter no sabía a quién.

—Aunque los vaqueros la respeten —dijo—, el patrón no lo hace. Lo de esta noche se repetirá. ¿Va a seguir en estas condiciones?

Ella hundió la cabeza con un gesto de infinita pesadumbre.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer?

—No la comprendo. Usted es joven, es bonita y tiene salud. Se puede ir a muchos sitios en esas condiciones. Cualquier cosa antes que quedarse hundida aquí expuesta a todos los peligros.

Ella guardó silencio.

Parecía más triste, más apesadumbrada que nunca.

—¿No me contesta?

—Venga —dijo Sheila, por toda respuesta.

Le precedió en silencio a lo largo de los vallados, bajo los millones de estrellas, envueltos los dos en la noche maravillosa de Kansas. Más allá de las cercas, a la derecha del rancho, había una serie de pequeños edificios donde sin duda se guardaban víveres y material, aunque alguno debía estar habilitado para vivienda. Por ejemplo, aquel recinto pequeño en el cual brillaba una luz.

Sheila se detuvo ante la puerta y miró fijamente a Walter.

—Pase.

Él traspuso el umbral. El interior era sencillo, pues no había más que una mesa y unas sillas, una cocina y una cama. Eso sí, todo estaba muy limpio. Sentado en la cama jugueteaba un pequeño de unos cuatro años. Estaba intentando componer la cabeza de un muñeco que representaba a un soldado del Norte, con el uniforme de la guerra de Secesión. Alzó la cabeza y rió al ver a los recién venidos, pero sobre todo miró con curiosidad a Walter.

—Hola —dijo educadamente—. Buenas noches.

Walter le miró en silencio durante unos momentos. Luego sonrió también.

—¿No puedes arreglar este muñeco?

—No. Se ha roto la cabeza.

—Espera.

Walter lo tomó entre sus dedos y lo arregló con gran habilidad. Un momento después y tras componerle un poco el uniforme, el muñeco parecía como salido de la tienda.

El pequeño palmoteo de alegría.

—¡Gracias! ¡Lo ha hecho muy bien!

—Ahora procura no volver a romperlo.

El pequeño volvió a jugar otra vez, olvidándose de las dos personas que estaban en la habitación. Tanto Walter como Sheila lo

miraban fijamente. A Sheila se le habían humedecido los ojos.

—Se llama John —musitó.

—¿Cuándo lo tuviste, Sheila?

—Era muy joven.

—¿Y su padre?

—Su padre no ha querido volver a acordarse de él ni de mí tampoco, naturalmente.

—¿Pero quién es?

Sheila se volvió de espaldas, encogiéndose de hombros con tristeza.

—¿Y eso qué importa? ¿Qué se puede resolver ya? Déjalo… Han transcurrido cuatro años.

—Por eso los vaqueros murmuran a espaldas tuyo. Y por eso no te respeta el hijo del patrón, ¿verdad?

—Piensa que lo que di a otro también puedo dárselo a él. Y no pierde ocasión para tratarme como una… una…

Walter le hizo una seña para que callase.

—A esa edad los chiquillos ya empiezan a entenderlo todo —murmuró—. Más vale que no me expliques nada. Comprendo perfectamente cuál es la situación.

—Este rancho fue el único en que me quisieron —continuó ella, sin embargo, en voz baja—. Reg, el patrón, es muy buena persona. Su hijo ya es otra cosa.

—Y no te atreves a ir a ninguna parte con John a cuestas.

—No. Porque sé que en otros sitios sería peor aún. Al menos aquí sé que en caso muy grave el patrón, Reg, me defendería incluso contra su propio hijo. Pero voy aguantando porque no quiero dar un escándalo. No podría soportar que el viejo tuviera un disgusto de esa clase.

Walter susurró:

—Lo comprendo.

Y dirigió una última mirada a aquella habitación humilde, pero que al fin y al cabo estaba llena de paz.

Había olvidado por completo al llavero que le trajo hasta allí; el llavero con la marca del rancho.

—Voy a irme —susurró—. Creo que nada hago aquí. Y es posible que no nos veamos nunca más, Sheila.

Ella le acompañó hasta la puerta. Parecía más triste que nunca.

Daba la sensación de que el mundo se iba vaciando en torno suyo, de que quedaba angustiosamente sola.

—Siento que no puedas quedarte en el rancho —murmuró—, aunque quizá algún día consiga pagarte el favor que me has hecho.

—Yo no he hecho nada. Librarte de las zarpas de aquel tipo no era tan difícil.

—Has logrado algo más importante: hacer que no me sintiera tan sola. Por primera vez alguien se ha atrevido a enfrentarse al hijo del patrón. Por primera vez he tenido a mí lado a un verdadero hombre.

Walter se volvió y la miró fijamente en la semioscuridad que envolvía la casa.

—¿Y el padre del chico? ¿No era un verdadero hombre?

Ella no contestó.

Por unos momentos el silencio entre los dos se hizo tenso, casi angustioso, cargado de presagios.

Luego ella movió los brazos.

Los movió lentamente, muy lentamente, para colgarse del poderoso cuello de Walter.

Sonó un chasquido en la oscuridad. El chasquido apenas audible de un beso.

Walter la estrechó a su vez entre los brazos y la besó también. Una especie de fiebre le poseía, le dominó durante unos momentos locos. Pero enseguida soltó a Sheila, que respiraba entrecortadamente y le miraba con sus ojos brillantes, con sus ojos que atravesaban la noche.

—Besas mal —dijo Walter suavemente—. No, no sabes besar. Podía tener mayor experiencia una mujer que ya es madre de un niño.

Le dio un cachecito en la mejilla —un cachecito suave, cariñoso, que era como una despedida definitiva—, y se alejó de allí, perdiéndose en la noche.

CAPÍTULO XI

Durmió en la población de Moscow, donde había un hotel bastante confortable. Pero muy a primera hora de la mañana oyó ruido de cascos de caballos en la calle, mezclado a voces más o menos altisonantes.

No se trataba de una pelea, sino de una reunión de jinetes. Y eso le llamó la atención.

Se asomó a la ventana y vio que, en efecto, había cinco hombres congregados frente al hotel. Todos llevaban revólveres y rifles, y además ostentaban sobre sus pechos cintos cananas cruzados, como los bandidos mexicanos, para llevar mayor provisión de balas.

Seguían hablando en voz alta. Y al abrir un poco la ventana, Walter pudo entender perfectamente lo que decían:

—¿Tú crees que no nos han engañado?

—No. ¡Seguro que tiene que estar por aquí!

—Pues si le cazamos habrá una bonita recompensa para todos. La familia de Finney la ofrece.

Finney… Ese hombre hizo que Walter aguzara los oídos más aún.

—Burns es peligroso —dijo otro—. Si está por aquí, intentará defenderse como un coyote acosado.

—Pero nosotros somos cinco. Lo acribillaremos antes de que tenga tiempo de levantar el revólver.

En aquel momento llegó el *sheriff* del condado. Empezó a repartir estrellas de latón entre todos los jinetes que estaban aguardándole ya allí.

—Eh, vosotros… Llevadla bien vivible. Burns tiene que darse cuenta de que representáis a la ley, porque quizá así se rinda. Y recordad bien lo que os digo: antes de disparar hay que darle el

alto, a menos que él haya hecho fuego ya. Si se trata de defensa propia, no vaciléis en convertirle el cuerpo en un colador.

Los jinetes se fueron colocando las estrellas orgullosamente, como si cada uno de ellos fuese un *sheriff*.

Un fotógrafo que llevaba un enorme armatoste sobre los hombros había decidido, al parecer, aprovechar la ocasión. Se presentó allí dando saltitos, con una máquina que abultaba más que él.

—¡Eh, señores! ¡No pierdan la ocasión de hacerse una foto con la estrella puesta! ¡Un buen recuerdo del día en que representaron a la ley! ¡La foto la tendrán dentro de tres días! ¡Sólo un dólar por barba!

Los jinetes se apresuraron a desmontar y a posar ante la cámara luciendo orgullosamente sus estrellas. Cada uno de ellos parecía un rey. El *sheriff* estaba impaciente, porque no había placa que no le costara al fotógrafo más de cinco minutos.

Walter decidió no perder tiempo. Era evidente que Burns había sido visto por allí e iban a atraparle. Si ese «trabajo» no lo hacía él, adiós boda con la hija de Starck. Adiós milloncetes.

De modo que se apresuró.

Se vistió y se lavó en un santiamén y salió del hotel para dirigirse a la cuadra, donde estaba su caballo. Al pasar junto a los comisarios, lo hizo como si ni siquiera se hubiese fijado en ellos. Uno preguntaba en este momento:

—¿Y dónde han visto a ese asesino, *sheriff*?

—En la cañada del Cimarrón, pero si tardáis tanto ya no estará allí. Habrá tenido tiempo para marcharse cien veces.

Walter apretó los labios. ¡Claro que Burns ya no estaría allí! ¡Naturalmente!

Burns no era tonto, y se habría dado cuenta, sin duda, de que acababa de ser localizado. Eso significaba que ahora estaría en cualquier sitio menos en la cañada del Cimarrón, donde iban a buscarle todos aquellos tipos tan aficionados a la fotografía.

Ensilló su caballo velozmente, montó en él y se alejó de la ciudad por el lado opuesto a aquél en que se encontraban charlando aún los seis jinetes.

Unos minutos después se encontraba en la llanura, en aquella llanura que parecía riente y fértil, pero que era dura, implacable,

hostil. Una llanura que —Walter lo sabía bien—, había sido regada con sangre.

Cabalgó al azar, fiándose de su instinto.

Durante casi todo el día estuvo merodeando por las cercanías de la cañada para encontrar las posibles huellas de Burns. No vio nada hasta que empezaba a anochecer. Eran apenas las marcas de los cascos de un caballo en las mismas orillas del Cimarrón. Sin duda, Burns, para huir y no dejar huellas, había ido siguiendo los márgenes del gran río, pero en un momento dado su caballo avanzó media yarda por el fango. Y allí estaban las marcas de los cascos.

Eso indicaba un camino, que Walter decidió seguir. Para rastrear a un hombre había que tener paciencia, y eso a él no le faltaba. Tarde o temprano daría con Burns.

Lo malo era que iba anocheciendo. Pero aún quedaba mucha luz, porque los días son largos en verano, y en especial en una zona lisa como Kansas, donde no hay nada que oculte el sol.

Distinguió ante sus ojos una pequeña cadena de montículos, ninguno de los cuales tenía más allá de veinte yardas de altura. Al llegar allí ya había encontrado las huellas otra vez.

Sabía que ése era el rastro de Burns. Mientras los demás le buscaban por la cañada del Cimarrón, él ya había dado con su pista.

Descendió del caballo, dejó que éste ramoneara por las cercanías y él siguió a pie.

Así se hacía menos visible.

En ese momento no sentía ninguna emoción, no le dominaba ningún sentimiento. Iba a liquidar a Burns y eso le abriría las puertas de la riqueza y del gran mundo. Ser nada menos que el yerno del poderoso Starck. Poder gastar el dinero a puntapiés. Ser respetado en todas partes y hacer que ningún *sheriff* del mundo se atreviera a acordarse de su pasado tenebroso.

Un trabajo rutinario, al fin y al cabo. Pero eso sí, el trabajo mejor pagado de su vida.

La sensación de soledad era total, agobiante.

Empezaba a creer que se había equivocado cuando oyó el relincho de un caballo a no mucha distancia.

No podía tratarse del suyo, porque el suyo había quedado atrás. Tenía que ser el de Burns, y eso solamente indicaba una cosa: que Burns estaba allí.

Se pegó al terreno, avanzando con el silencio de un puma.

El terreno entre las colinas se mostraba ante sus ojos, pedregoso y solitario, envuelto en un silencio total. No se distinguía a nadie. ¿Dónde demonios se había metido Burns? ¿O quizá había notado su presencia y se pegaba al suelo como un topo?

Por fin le vio.

Tenía que ser Burns, no había duda. La descripción que le hicieron de él coincidía por completo. El fugitivo caminaba hacia su caballo, que había aparecido detrás de una colina, y con palabras suaves trataba de calmarle.

Walter alzó el rifle.

Bueno, ya estaba.

Así de sencillo iba a ser. Un disparo y… ¡al diablo con todo! Riqueza y poderes para él, para Walter, el afortunado. Todos los problemas quedarían para siempre atrás.

Pero no disparó. Pese a tener el fugitivo enmarcado en su punto de mira, no apretó el gatillo.

¿Por qué? ¿Qué demonios le estaba ocurriendo?

Walter no había matado nunca a un hombre que no pudiera defenderse: era eso. Le repugnaba matar a sangre fría a un prójimo que ni siquiera se enteraría de quién le había dado el pasaporte.

Esperó diez segundos, veinte.

Se daba cuenta de que estaba perdiendo su gran oportunidad y, sin embargo, no podía apretar el gatillo.

De pronto alguien lo hizo por él.

El disparo resonó lúgubremente, atravesando las primeras sombras de la noche. La bala debía ir recta a la cabeza de Burns, pero éste pareció presentirla. Él levísimo gesto que hizo al escuchar la detonación, producto de su rapidez de reflejos, le salvó esta vez. La bala, que había de perforarle la frente, le rozó sólo uno de los parietales.

Walter volvió la cabeza.

Veía una nubecilla de huma en lo alto de una de las colinas, señal evidente de que acababan de disparar desde allí.

¡Maldita sea! ¡Estaban a punto de pisarle la caza!

Ahora ya era demasiado tarde para intentar nada, porque Burns se había pegado entre las rocas. Convertido en una especie de topo, resultaba imposible verle. Walter ahogó una imprecación.

Empezó a deslizarse de costado, buscando salir de la posible línea de tiro del hombre que estaba en lo alto de la colina. En aquellas condiciones no podía fiarse de nadie. Y los hechos demostraron que tenía razón, porque la siguiente bala fue para él.

El tirador de la colina volvió a hacer ladrar su rifle tipo 40 — 40, y la bala arrancó esquirlas a la roca muy cerca de la cabeza de Walter. Éste se pegó también a tierra.

Pero no estuvo quieto.

Si se mantenía en el mismo sitio, el desconocido enemigo acabaría baleándolo desde su posición privilegiada. Por eso el joven empezó a deslizarse de costado, sinuosamente, ocultando el revólver bajo el cuerpo para que el brillo no le delatase. A Walter le habían acorralado tantas veces que podía considerársele un experto en fugas. Y esta vez realizó una pequeña obra maestra.

El de la colina estaba disparando inútilmente aún contra las rocas desnudas cuando él ya se iba situando a su espalda.

Walter ascendió poco a poco, respirando muy pausadamente para no hacer ruido ni siquiera con eso.

Vio a su enemigo de espaldas. Era un tipo que llevaba una capa, lo cual, le extrañó. ¿Quién demonios llevaría una capa en Kansas, durante la estación calurosa?

Y de pronto recordó. Estuvo a punto de lanzar un grito.

¡Gunnar! ¡Tenía que ser Gunnar! ¡Él siempre llevaba una capa como aquélla!

Los dientes de Walter rechinaron.

¿Qué hacía un asesino como Gunnar allí? ¿Por qué demonios estaba libre en Kansas?

Pensó que no estaría de más cazarlo a él también, y así, encima, evitaría que le estorbase en la captura de Burns.

De modo que alzó el revólver mientras gritaba:

—¡Ríndete, Gunnar!

El asesino se volvió con la rapidez de una peonza.

Nunca se había rendido y tampoco iba a hacerlo esta vez. Intentó mover su rifle para liquidar a Walter.

Pero éste se hallaba a la distancia ideal, a unas cincuenta yardas. No perdió ni un segundo.

El rifle de Gunnar quedó partido por la mitad. El asesino lanzó un grito ronco.

Walter resolvió no darle ninguna oportunidad más. Ya había tenido la suya, ¿no? Pues al diablo con él. Podía vaciarle el tambor en la cabeza y quedarse encima con la conciencia tranquila.

Iba a hacerlo cuando los hechos demostraron que aquél iba a ser un día de sorpresas para él. Una bala disparada desde su derecha le pasó rozando, obligándole a lanzarse a tierra.

No supo si habían querido darle o no. Pero lo cierto fue que el disparo le obligó a perder unos segundos preciosos, esos segundos que hacen que una oportunidad culmine o, por el contrario, se convierta en humo.

Gunnar había aprovechado la oportunidad. Y acababa de saltar al otro lado de la colina, perdiéndose entre las rocas.

Ya no había modo de disparar contra él. Ya lograría evaporarse entre la noche.

Walter lanzó una imprecación y se volvió hacia su derecha, hacia el lugar de donde acababa de surgir el disparo. Seguro que no querían matarle, porque de lo contrario hubieran podido hacerlo ya. Tuvo entonces una de las sorpresas más brutales de su vida.

Porque la que avanzaba hacia él, encañonándole a poca distancia con un «Colt» 45 era… ¡Sheila!

CAPÍTULO XII

La muchacha llevaba unas prendas vaqueras, pero confeccionadas para ella, de modo que marcaban magníficamente la rotundidad de sus líneas. Se notaba así mucho mejor lo perfecta que era; mucho mejor, desde luego, que con el sencillo vestido que llevaba la víspera.

Pero lo más importante en este momento era el «Colt» 45 que empuñaba en la mano derecha; una derecha que temblaba ostensiblemente.

Balbució:

—¡No te acerques! ¡No te acerques y suelta tus armas, Walter!

Él se puso en pie.

Ya no se acordaba ni de Burns ni de Gunnar. Lo único que ocupaba sus pensamientos era la obsesionante, e inexplicable, presencia de la muchacha allí.

No soltó el revólver.

—¡He dicho que dejes caer tu «Colt»!

Tampoco lo hizo ahora. Seguía viendo cómo el revólver temblaba ostensiblemente en la derecha de Sheila.

Se acercó un poco más.

—¡No sigas o disparo! ¡Te juro que disparo!…

Él sí que siguió. Avanzó otro paso. Y de un manotazo arrancó el revólver de entre los dedos de la mujer.

—¡Ya basta de bromas, Sheila!

Ella se llevó las manos a la cara. De repente toda su energía se hundió. Pareció incapaz de sostenerse, de seguir en pie. Lanzó un gemido y cayó de rodillas, mientras sollozaba espasmódicamente.

Walter hizo entonces algo que no estaba bien, porque uno no debe fiarse nunca de una mujer: le devolvió el revólver. Pero esta

vez Sheila ni se dio cuenta.

Seguía llorando silenciosamente, y Walter la dejó desahogarse, mientras pensaba con tristeza que había perdido su gran ocasión: Burns y Gunnar se habrían largado. Tendría que empezar de nuevo, pero era muy difícil que volviera a tener las cosas tan claras otra vez.

Ella farfulló al fin cuando pudo hablar:

—Lo… lo siento…

—Más lo siento yo. Tú no sabes lo que significaba para mí esta aventura.

—Ibas a matar a Gunnar…

—Ah… ¿Le conoces?

Ella no contestó. Su llanto volvió a hacerse apremiante, angustioso.

Walter volvió a dejar que se desahogara. Había momentos en que tenía la sensación de estar tratando con una niña. Y entonces murmuró:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—He visto hombres armados. Creía que iban a buscar a Gunnar. Y he andado errante durante casi todo el día hasta oír disparos. Ellos me han atraído aquí.

—Pues esta vez sí que has llegado a tiempo, porque te juro que iba a balear a Gunnar. Iba a darle gusto al dedo hasta que me hartase.

Ella tenía los ojos perdidos. No miraba ahora a ninguna parte.

Ni siquiera se había dado cuenta aún de que volvía a tener el «Colt» en su poder.

Entonces en los labios de Walter se dibujó una mueca de pena. Una pena inmensa.

Extrajo con lentitud el llavero que había encontrado sobre el cadáver de Peter y que tenía la marca de ranchó Reg. Aquel llavero que la noche anterior llegó a olvidar.

Lo mostró a Sheila.

Ella tuvo un estremecimiento.

—¿Lo, conoces?

—Sí. Tiene la marca del rancho.

—No es por eso. Yo pienso que este llavero lo enviaste tú. Que lo enviaste a Gunnar. ¿Por qué?

Ella no contestó al principio.

Sus labios formaban una mueca patética. Se tapó la cara con las manos como si así hubiera de recobrar fuerzas. Luego su voz surgió por entre los dedos que la cubrían.

—Se lo envié a la cárcel.

—¿Por qué?

—Por si lograba… huir.

—¿Para que viniera al rancho?

—Pues… sí.

La expresión de Walter se hizo dura, casi cruel. Sin darse cuenta, una de sus manos de hierro sujetó a la muchacha. La zarandeó brutalmente.

—¿Por qué? —gritó—. ¡Di por qué, maldita puerca! ¡Di por qué de una vez!

Ella se revolvió.

Sus ojos llameaban, pero lo hacían con un brillo triste, moribundo. Walter no recordaba haber visto en toda su vida unos ojos tan bonitos y tan amargos como aquéllos.

—¿Por qué? —repitió con voz silbante.

—Te lo diré de una vez. Para que viniera a, ver a su hijo —balbució ella—. Porque Gunnar es el padre de John…

Un hombre que había vivido tantas aventuras como Walter, y que, además, en muchos aspectos, había pensado: «Ahí me las den todas», sin importarle lo que estaba bien ni lo que estaba mal, no tenía por qué extrañarse de que hubiera chicas descarriadas. Había conocido muchísimas a lo largo de su vida. Tenía que estar acostumbrado a todo y, sin embargo, aún no le entraban en la cabeza ciertas cosas, como, por ejemplo, que un buitre como Gunnar llegara a ser amado por una paloma como Sheila.

Apretó los puños nerviosamente, y sus nudillos crujieron.

Un silencio atroz había caído entre los dos.

Un silencio que estaba cargado de presagios.

«¿Pero a mí qué me importa? —pensaba Walter—. ¿Por qué he de preocuparme? Si ésa es una perdida… ¡peor para ella! ¡Que se pudra! ¡Que se pudra, maldita sea!».

Comprendía que, en su situación, una sola cosa estaba clara: debía irse de allí. Al diablo Gunnar y sus hijos ilegítimos. Al diablo una chica tan idiota que se había dejado seducir por él.

Pero no lograba moverse de allí.

Su propio odio le mantenía clavado a la roca. Miraba a Sheila como si quisiera matarla.

—De modo que su hijo… —barbotó al fin—. De modo que encima te ha abandonado…

—Sí.

—¿Y no quieres que le maten?

—Pensaba en John.

—En John y quizá en ti…

Ella hundió la cabeza. Sólo se atrevió a contestar con un soplo de voz:

—No lo sé.

Walter no fue capaz de decir lo que le ocurría ni por qué reaccionaba de aquel modo, pero de pronto sus manos se movieron. Cortaron el aire sin que, por decirlo así, interviniera su voluntad, sin que él mismo supiera cómo. El caso fue que abofeteó a la muchacha rudamente. Que hizo ir su cabeza de un lado a otro, mientras ella le miraba fijamente sin que —cosa extraña—, lanzara un gemido.

—¿Y no lo sabes? —barbotó él—. ¿Después de eso no le odias aún? ¡Maldita! ¡Condenada puerca!

Cuando se cansó de pegarle, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y respiró agitadamente. No sabía lo que le había ocurrido. No sabía por qué acababa de pegar de aquel modo a Sheila, cosa que iba en contra de sus principios, porque él no pegaba nunca a una mujer. No sabía nada.

Y mucho menos, por qué ella le miraba así. Porque le miraba sin odio y con aquella especie de lejana sonrisa en sus labios, después de la paliza que había recibido.

El silencio se hizo entre los dos, bajo la noche, que ya empezaba, a ser espesa, hasta que la voz de la muchacha, una voz caliente y densa, lo rompió:

—Tú me amas —dijo, inesperadamente.

Él no supo qué contestar. Por un lado, se hubiera echado a reír. Por otro, aquello le dejaba perplejo.

—Sí, me amas —musitó ella—. No puedes soportar la idea de que me haya entregado a otro hombre. La idea de que yo haya podido ser feliz con un hombre indigno te hiere como una

puñalada. El amor es un sentimiento noble, pero al mismo tiempo es el sentimiento más egoísta que existe. Tú no concibes que pueda pertenecer a nadie, que pueda ser feliz con nadie, excepto contigo.

Walter tampoco contestó.

Se sentía hundido en un mar de dudas, en un mar de terribles confusiones, a las que jamás creyó llegaría a dar importancia. ¡Demonios! ¡Ocurrirle esto a él, que hasta entonces sólo se había preocupado de perseguir un dólar!

Sheila continuó con un soplo de voz:

—Gracias. Creo que… creo que nunca me habían amado así. Gracias de verdad, Walter.

Él sintió una casi irresistible tentación de besarla, de posar una y mil veces sus labios, con ternura, en los mismos lugares donde sus manos se habían posado cruelmente, para castigarla.

Pero logró reaccionar. Y en lugar de eso, hizo que su voz sonara áspera y dura:

—Menos tonterías y menos cuento, nena —barbotó—. Tengo una novia que es una ganga, una novia con la que me voy a casar cueste lo que cueste. Nada menos que la única hija del ganadero Starck. Ningún hombre en su sano juicio la dejaría, y menos por una zorra como tú… De modo que no te hagas ilusiones, muñeca. Te puedes ir al cuerno con Gunnar y con vuestro hijito John. Además, hay otra cosa.

Ella no le miraba ni, al parecer, se atrevía a hablar. Sólo preguntó, al cabo de largos instantes, con un soplo de voz:

—¿Cuál? ¿Qué cosa?

—Tú enviaste ese llavero a Gunnar para que se acordara de dónde estaba su hijo. Muy bien. Pero él lo entregó a un asesino que violó y mató a una mujer indefensa. Lo sé porque a ese asesino se lo quité yo una vez… ¡ejem!… una vez convenientemente liquidado. Lo cual quiere decir que Gunnar era amigo suyo. Y que, si cabalgaban juntos, seguro que Gunnar participó en ese crimen.

Escupió al suelo, como, si con aquello hiciera una solemne promesa.

—Te traeré la cabeza de Gunnar —dijo—. Te la traeré para que su cráneo se seque al sol. ¡Y para que en él los hombres de rancho Reg den de beber a los cerdos!

Y dio media vuelta, para alejarse rápidamente. No oyó nada

durante unos momentos, excepto sus propios pasos. Y luego, en el silencio de la noche, el lento y ahogado sollozo de la muchacha.

Capítulo XIII

El hotel, en la importante ciudad de Garden City, tenía el vestíbulo sumido en sombras. Era la hora fuerte del calor, y con las cortinillas echadas se trataba de evitar que el sol llegase a todos los rincones. Las moscas iban perezosas de aquí para allá, runruneando, gordas y satisfechas de la vida. De vez en cuando aterrizaban en la calva del dueño del hotel, que se abanicaba inútilmente, con gestos mecánicos, mientras dormitaba. A aquella hora no vendría nadie, y ya que no podía echar la siesta en la cama, como hubiera sido su deseo, la echaba en su sillón favorito.

Era una hora plácida, una hora en que al menos gustaba que a uno le dejasen en paz.

De pronto se sobresaltó.

Tenía la sensación de que en el hotel había entrado alguien.

Alzó los párpados y, como entre las entretelas del sueño, distinguió aquella figura alta y fuerte que se recortaba en la entrada. Era la figura de un hombre que llevaba un revólver al cinto y sobre el hombro derecho una silla de montar. Dejó silenciosamente la silla en un rincón y él buscó la butaca situada en el lugar donde hiciera más sombra.

El hotelero balbució:

—¿Quiere una habitación? ¿Y precisamente ahora?

—No se preocupe. Ya me la dará cuando haya echado la siesta.

—Ah, ésa es una buena idea… ¿Por qué no duerme usted un poco también? Aquí, al menos, se está fresco.

El recién llegado murmuró:

—Eso es lo que pensaba hacer.

Se echó el sombrero sobre los ojos y quedó quieto. El hotelero sonrió cansinamente y se dispuso a continuar su interrumpida

siesta. No le costó esfuerzo alguno, porque materialmente se le cerraban los ojos. Perdió otra vez la noción del tiempo. Quizá había transcurrido media hora, quizá una hora entera. Pero se estaba bien así, sin pensar en nada, mientras el negocio marchaba solo. Hasta que, bruscamente, volvieron a interrumpirle.

Esta vez, el que acababa de entrar pisaba fuerte. No como el otro, que había sido tan discreto; éste parecía decidido a despertarle.

Y lo logró.

Era un tipo alto, delgado, en cuyas mejillas se insinuaba la barba.

Apuntó con un dedo al pecho del hotelero, que se sobresaltó.

—¿Qué quiere?

—Usted tenía que darme un mensaje.

—¿De quién?

El recién llegado bisbiseó, de modo que sólo el hotelero le oyera:

—De Gunnar.

—¿De Gunnar? El… ¿el presidiario Gunnar?

—Ya no es tal presidiario. Está libre y cabalga por aquí. Me dijo que usted serviría de enlace. Que le diría dónde estaba él para que usted me lo comunicara a mí.

El hotelero, que hasta entonces había estado fresquito, notó que el sudor empezaba a recorrer su frente.

—Gunnar… —balbució.

—No me dirá que no le conoce.

—Claro que no. En otro tiempo… —El hotelero se secó el sudor —. En otro tiempo incluso le ayudé. Claro que yo lo hacía a la fuerza, ¿sabe? Completamente a la fuerza. Gunnar había inventado el «negocio» de proteger a los hoteleros de la comarca, y también a los dueños de los saloons. Si uno pagaba la «protección», todo iba bien. Si no, uno se encontraba cualquier día con un incendio o con una bala en su camino. Pero aquello ya está olvidado, ¿sabe? No comprendo porqué Gunnar vuelve ahora con… con estas cosas.

—Gunnar quiere que todo vuelva a ser como antes.

—Ah, vaya, pues… ¡Pues qué bien!…

Y el hotelero volvió a abanicarse, pues la cara se le había puesto completamente roja.

—Se ha acordado de usted. Ha dicho que le emplearía como

enlace. Que le diría dónde estaba para que lo supiera yo.

—No me ha dicho nada.

—¿De veras?

—De verdad. Ni siquiera ha aparecido por aquí.

—Pues es extraño.

—Se habrá entretenido en algún otro lugar —suspiró el hotelero, aliviado—. O quizá le hayan…

—… ¿Le hayan matado?

El recién llegado le miraba maliciosamente, con una chispita de odio en los ojos.

—No, no he querido decir eso… Claro que no, amigo mío.

—Pues esperaré aquí. Esperaré a que Gunnar venga. De modo que ya me está dando la mejor habitación y preparándome un *whisky* doble. Y cuidadito con lo que habla. Mucho cuidadito. Yo soy de esos tipos que oyen hasta los pensamientos.

El hotelero balbució:

—Sí… sí, señor…

La voz metálica surgió entonces del lugar donde estaba el otro. Del sitio donde estaba el primer forastero, el que había entrado con una silla de montar a cuestas.

—Amigo, no sé si he oído bien…

El otro se volvió.

—¿Qué pasa?

—Usted hablaba de Gunnar.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo oído…

Miró bien al hombre que continuaba plácidamente sentado en la butaca. No, no era un *sheriff*, porque no llevaba estrella. Ni un simple comisario. Tampoco parecía un federal; al contrario, más bien tenía pinta de ser un sinvergüenza.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Walter.

—¿Qué quiere?

—Decirle que tengo la sensación de que Gunnar ha tenido algún tropiezo. No que le hayan matado, claro. Gunnar es tan difícil de matar… Más bien me parece que habrá tenido que desviarse a causa de la persecución de algún enemigo. Por lo tanto, no se impaciente; ya vendrá.

—No pensaba impacientarme. Ya ha visto que me dispongo a instalarme en el hotel. A cuerpo de rey.

—Sí, claro.

—¿Y usted por qué sabe todo eso? ¿Qué demonios pinta?

Walter hizo oscilar en uno de sus dedos el llavero con la marca del rancho Reg. Sus ojos estaban impasibles. Diríase que eran dos bolitas de acero.

—¿Conoce esto?

—Sí. Gunnar lo recibió en…

—… ¿En presidio?

—¡Sí! Pero luego se lo dio a un amigo de ambos llamado Peter. ¿Para qué quería él eso? Peter lo llevaba porque le hacía gracia. Decía que le daba suerte.

—Pues sí que se la dio…

—¿Cómo tiene usted eso?

—Me lo dio Gunnar —mintió Walter, haciendo más intensa la luz gris de sus ojos—. Me lo dio para que me sirviera de identificación ante usted, que es tan amigo de Peter.

—Claro que sí. Lo soy.

—Se corren juntos grandes juergas, ¿no? Como la juerguecita de la esposa de Burns, aquella que estaba sola en un rancho miserable…

James, pues el pistolero no era otro, rió. Empezaba a sentir confianza.

—Sí, fue cosa de Peter y mía. Gunnar no participó. Él tiene el gusto más refinado… Las mujeres ya envejecidas no le hacen gracia. —Pero es que no se fijó bien en aquélla. Era muy joven… Sólo que había sufrido mucho. De todos modos, él le dio el tiro de gracia. Sí, Gunnar es un gran tipo para esas cosas.

Walter rió también.

—Un gran chico, ¿eh? Debe ser un tipo muy divertido…

—No lo sabes tú bien.

Walter alzó entonces la pierna derecha, inesperadamente. Y dio a James en el bajo vientre un puntapié tan terrible y tan inesperado que el otro lanzó un terrible chillido y cayó de espaldas, transido de dolor, mientras se llevaba ambas manos a la parte afectada.

¡No tenía fuerzas ni para sacar el revólver!

Walter lo hizo por él. Extrajo el «Colt» mientras en torno al

caído se producía un agudo revoloteo de moscas.

—Muy bien, James. Yo también soy un tío muy divertido.

James masculló:

—¡No tires! ¡Esto sería un asesinato…!

No llegó a terminar. Walter dijo solamente:

—Sí, hombre.

E hizo fuego. Hizo fuego seis veces, hasta agotar todo el cilindro de su revólver.

El aire pareció trepidar y se llenó de olor a pólvora. Hasta las moscas emigraron a gran velocidad, en busca de ambientes más tranquilos.

Walter miró a James, caído a sus pies. James era ahora una cosa que nunca le hubiera gustado ser: un colador humano.

El hotelero miraba a su matador con ojos desencajados.

—Vendrá Gunnar… —balbució—. Seguro que viene Gunnar.

—Claro. Ya me he enterado de que usted le servía de enlace en otro tiempo y por eso me he descolgado por aquí —dijo tranquilamente Walter—. Voy a esperar a Gunnar, ¿sabe? Voy a esperarle en este establecimiento para que usted también llegue a ver su cadáver.

El hotelero balbució:

—Sí… sí, señor.

—¿Y qué hay de esa habitación que iba a proporcionarle a James sin pagar? ¿Es que yo soy menos?

—No… no, señor.

—Ah, pensaba.

—Le daré la mejor que tenga.

—Y un *whisky* doble.

—Desde luego, señor… Triple, si lo quiere. Le trataré como a mí mejor cliente.

Walter chascó dos dedos, mientras subía por la escalera, y dijo:

—A cuerpo de rey.

CAPÍTULO XIV

Mientras este ambiente se respiraba en el mejor hotel de Garden City —una de las ciudades más importantes de la cuenca del Cimarrón—, otro ambiente muy distinto se mascaba en Meade. Y concretamente, en el penal de donde pocos días antes había tenido lugar la espectacular fuga de Gunnar y dos de sus compinches: Peter y James.

Pinkerton, el alcaide, daba nerviosas vueltas de un lado a otro de su despacho. La luz de petróleo ya estaba encendida desde horas antes, y la noche había caído sobre la ciudad. Pero él no se daba apenas cuenta; él sentía el paso del tiempo como una pesadilla.

Esperaba una llamada que no terminaba de llegar, y su preocupación aumentaba por minutos.

Al fin, Mike, su ayudante, entró en el despacho.

—Señor…

—¿Qué hay?

—Ella está aquí, en el hotel Ringold. Parece dispuesta a verle.

—Menos mal… ¡Creí que no llegaba nunca!

—He venido apenas he tenido la noticia.

—Bueno, Mike, de acuerdo… Es posible que no vuelva en toda la noche. Tú di que he tenido que salir por una cuestión del servicio.

—Desde luego.

Pinkerton salió del edificio de la penitenciaría para dirigirse al hotel Ringold, que no estaba lejos. Era un hotel lujoso y discreto, muy apto para hombres como él. Un sitio donde se podía tener una cita sin que nadie le estorbase a uno.

Entró por una puerta posterior y se dirigió a la habitación que ya tenía fija para aquellos casos. Era la número tres.

Entró sin llamar en la habitación, como el que se siente muy seguro de sí mismo. Y, en efecto, así era. Para Pinkerton, aquél resultaba terreno conocido. Muchas chicas le habían esperado allí, pero ninguna como Salomé Wingate.

Ella estaba en el centro de la habitación, aguardando.

El alcaide quedó admirado, quedó babeando. Salomé aún estaba más hermosa que la última vez que la vio. En pocos días había ganado. Estaba mejor que nunca. Era una mujer endiabladamente tentadora, endiabladamente perfecta.

Y aún no había conseguido nada de ella…

Adelantó dos pasos, queriendo besarla, pero Salomé puso la mano derecha delante de su boca.

—No tan aprisa, Pinkerton.

—Te he citado para…

—Sí, me has hecho venir desde tan lejos sólo para esto; me voy enseguida, Pinkerton.

—Es que…

—Hablo en serio. Yo he venido porque me han dicho que tenías que darme un recado importante.

—Antes podríamos…

—Habla.

Él se aguantó, como un caballo que tasca el freno, y se puso a pasear con las manos unidas a la espalda.

—Podemos hablar aquí con tranquilidad —dijo—. Éste es un sitio de absoluta confianza… Se trata de Gunnar.

—¿Qué pasa con él?

—Yo le dejé escapar. Inventé una historia absurda. Organicé una comedia indigna sólo para complacerte a ti, Salomé Wingate.

—Y me has complacido.

—Pero no he conseguido nada a cambio.

—¡No seas pesado! Eso vendrá después.

Pinkerton volvió a hacer un gesto de caballo que tasca el freno. Y otra vez se aguantó.

—Es que ahora la situación es muy grave —dijo—. Ha llegado a hacerse insostenible.

—¿Por qué?

—Creí que Gunnar mataría enseguida a Burns. Que era cosa de coser y cantar… Kansas es grande, pero Burns se tenía que mover

por fuerza en una zona muy limitada, que era la que él conocía. La zona entre los ríos Arkansas y Cimarrón… Para un hombre como Gunnar, había de ser presa fácil. Pero han transcurrido los días y aún no ha podido acabar con él.

—Todo llegará. Ha estado a punto. Yo soy la que tiene más interés en que Finney, mi pobre marido, sea vengado.

—¡Tu pobre marido!… ¡Cuernos! ¡Tú lo que tienes interés es en la herencia, y eso ya lo has conseguido!…

—Es asunto mío, ¿no?

—Y mío. Yo confiaba en que Gunnar acabaría enseguida con Burns y eso justificaría, en cierto modo, su fuga. Que el gobernador no se pondría tan uñas como está ahora.

—¿El gobernador del Estado? ¿Y por qué?

—Está harto del trust. Cree que todo esto, en el fondo, es un mangoneo, una serie de sucias combinaciones en las que han intervenido Starck, tu marido… y yo. Sí, yo también. Porque yo he metido en la cárcel a tipos que molestaban al trust ganadero, y he «olvidado» cumplir sus órdenes de libertad cuando esas órdenes llegaban. El gobernador dice que aquí el trust es omnipotente y que no está dispuesto a aguantarlo más. Que lo qué hizo Burns fue tirar de la manta y demostrar que los ganaderos ricos cometen canalladas cada día, pese a lo cual Burns debe morir porque la ley es la ley… Pero tampoco quiere que el trust siga haciendo de las suyas. Está dispuesto a aclarar muchas cosas, y la primera de ellas es cómo se fugó Gunnar.

Salomé hizo un gesto de hastío. Se sentó en una butaca y cruzó las piernas, logrando que los ojos del alcaide se nublaran instantáneamente.

—¿A mí qué me importan tus problemas, Pinkerton?

—Mis problemas son tuyos también. Los dos estamos metidos en el mismo lío. Si se averigua cómo huyó Gunnar, tú puedes resultar perjudicada también, por muy millonaria que seas.

—¡Bah!

—Además, esto te interesa. ¿Qué ocurrirá si el gobernador acaba con los manejos del trust? Como heredera de Finney, puedes verte muy perjudicada. Y lo que te digo no es broma, porque el mismo Starck, el jefe, me ha escrito una carta. Está muy preocupado…

Mostró un papel doblado, lleno de una escritura nerviosa y

pequeña. Salomé no quiso leerlo.

—Gunnar resolverá todo esto —dijo, con un gesto de hastío—. Puedes estar seguro. Él no falla nunca.

—¿Y si no acaba con Burns?

—Acabará, y, además, en el plazo previsto.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque él es más hombre que todos vosotros.

Pinkerton arrugó el entrecejo. «Es más hombre que todos vosotros…». Esa frase le molestaba, le hería. Era como si Salomé Wingate, que estaba en una habitación con él, le insultara diciéndole que no valía nada, que Gunnar era mucho mejor.

Masculló:

—¿A qué viene tanta admiración por ese tipo?

Salomé alzó los ojos. Vio la expresión crispada del otro y se dio cuenta de que tal vez había ido demasiado lejos.

No le convenía irritar a Pinkerton. Tenía que ser amable con él, aunque sin jugarse gran cosa.

—Tonto… —dijo—. Yo soy una buena chica cuando conviene. Pero debes tener paciencia.

—Ya he tenido bastante… Y tú sabes que me gustas, condenada. Me gustas a cada momento más.

La tomó por los brazos y la atrajo hacia sí, haciéndola levantarse de la butaca en que se hallaba sentada. Brutalmente, la besó, mientras sus manos, la estrechaban más y más. Todo el cuerpo de Salomé Wingate rebrincó, mientras le apartaba de un golpe.

—¡Déjame!

Pinkerton la miró con odio desde el otro lado de la habitación. Ya se había cansado de tascar el freno. Era como una fiera en celo y su inteligencia se iba nublando por momentos. No le importaba armar un escándalo en su propia ciudad. Aquella zorra iba a saber lo que era bueno…

Tendió las dos manos y la abofeteó brutalmente.

Salomé cayó al suelo. El segundo golpe le había partido los labios. De ellos resbalaba un delgado hilo de sangre.

—Canalla…

—No saldrás de aquí, Salomé. No creas que se juega conmigo. Ya estoy harto de tus falsas promesas y de tus burlas. Vas a ser amable conmigo o te haré pedazos.

Ella escupió al suelo, con un gesto de desprecio.

—Pobre de ti sí te atreves a tocarme. Pobre de ti sí rozas siquiera a una de las mujeres más ricas de Kansas.

Pinkerton rió malignamente.

—Has llegado a rica con los mismos procedimientos que emplean las golfas. No hay ninguna diferencia entre ellas y tú, excepto que tú has sido más lista o más implacable. Pero voy a tratarte como a una de ellas. ¡No eres más que basura!

Hay que advertir que para Pinkerton todas las mujeres, en general, eran basura, en especial después de haber conseguido de ellas lo que quería.

Se dispuso a golpearla con los pies, pero Salomé Wingate fue más ágil. Con las dos manos logró sujetarle el zapato con el que iba a patearla. Lo hizo girar, y Pinkerton, que no estaba acostumbrado a aquella clase de maniobras, se encontró con que de pronto perdía el equilibrio. Lanzó un gruñido y cayó grotescamente, derribando una de las butacas.

Salomé saltó hacia la puerta.

—¡Perra!…

El insulto no la detuvo. Al contrario, aumentó la agilidad de su cuerpo tenso y juvenil. Abrió la puerta, que estaba cerrada con llave por dentro, y salió al pasillo.

Éste se hallaba oscuro y silencioso. Era el pasillo más discreto que había visto en su vida, y eso que la «honorable» Salomé Wingate estaba acostumbrada a sitios así.

Las escaleras casi nacieron bajo sus pies. Estuvo a punto de tropezar y de caer, pero logró sobreponerse. Descendió los peldaños de cuatro en cuatro hasta llegar a una puerta.

Oía detrás de él la respiración agitada de Pinkerton, que la perseguía.

Abrió aquella puerta. Se encontró en una calle oscura y silenciosa. Más allá se veían algunas luces, correspondientes a la calle principal, pero le pareció que estaban infinitamente lejos.

Iba a correr hacia ellas cuando unas zarpas la sujetaron por los hombros. Pinkerton había sido más ágil de lo que ella pensó. La hizo volverse y la abofeteó tres veces con el revés de la mano, haciendo que su cabeza fuera de un lado a otro.

—¡Toma, maldita! ¡Perra! ¡Condenada puerca!

Iba a seguir golpeándola cuando una voz dijo aburridamente cerca de él, entre las sombras:

—Lo hace usted muy bien, amigo. Pero las escenas, cuando se repiten demasiado aburren.

Pinkerton se volvió como un rayo.

Vio entre las sombras el rostro de un joven que parecía haber estado aguardando en el callejón. Iba sencillamente vestido y llevaba un solo revólver. Le miraba irónicamente, con una sonrisa burlona flotándole en los labios.

Ni Salomé ni Pinkerton lo conocían. Pero mientras Salomé se alegró de su presencia, Pinkerton lanzó una maldición.

—¡Fuera de aquí!

El joven no se fue. Por el contrario, sonrió tranquilamente.

—¿Me echa, Pinkerton?

El alcaide de la prisión parpadeó.

—¿Cómo me conoces?

—Le conoce mucha gente aquí. ¡Tantas personas distinguidas han pasado por su distinguida cárcel!

—¿Cómo te llamas?

—Walter.

Pinkerton intentó recordar, por si aquel nombre le decía algo. Pero no le recordó absolutamente nada.

—¡Largo de aquí! —masculló—. ¡Largo, antes de que te haga arrestar!

—Me iré cuando deje a esa mujer.

—¿A ti qué te importa?

—Me fastidia que maltraten a las mujeres. Debilidades que uno tiene, ¿sabe? Y, además, he de preguntarle un par de cosas.

El alcaide hizo un gesto de impaciencia.

—¡Maldita sea! ¡Habla de una vez!

—Yo estaba esperando en Carden City —dijo Walter, tranquilamente—. Esperaba a Gunnar, que había de aparecer por un determinado hotel. Pero como no venía, he decidido descolgarme por aquí para hacer un par de preguntas al hombre que lo dejó escapar. Es posible que usted sepa su paradero.

Pinkerton arqueó una ceja, mientras en su cerebro parecía encenderse una lucecita de alarma.

—¿Qué yo le dejé escapar…? —farfulló.

—Vamos, Pinkerton, no se haga ahora el niño candoroso. Ese cuento lo sabemos todos. Yo no Voy a meterme ahora en por qué lo dejó libre. No es asunto mío. Pero quiero que me diga su paradero, si es que lo conoce.

Pinkerton intentó ganar tiempo, mientras llevaba raudamente la derecha a su revólver.

Estaba seguro de que el otro, en la penumbra, no le veía.

—¿Para qué quieres encontrar a Gunnar? —masculló.

—Pues es muy sencillo… Yo siempre digo la verdad, Pinkerton. Busco a Gunnar para matarle.

Ahora fue Salomé Wingate la que se estremeció. El pensamiento se le hizo intolerable. Y se le hizo intolerable, sobre todo, porque supo leer en la cara de aquel hombre que cumpliría su amenaza. Que no era de los que hablaban por hablar.

Los dientes de Pinkerton rechinaron en aquel momento.

El hombre que tenía enfrente podía ser un enemigo mortal y necesitaba acabar con él. Le pareció que estaba distraído y que, había llegado el momento. La derecha extrajo el revólver con un movimiento centelleante.

Walter ni siquiera parpadeó.

Diríase que esperaba aquello. Que formaba parte de la lógica del mundo en que estaba habituado a vivir.

Tiró a través de la funda, con sólo un suave movimiento de su muñeca y su cadera derecha. La bala se clavó con tal perfección entre los dos ojos de Pinkerton que la herida pareció dibujada con compás. El alcaide se derrumbó pesadamente, sin gritar. A excepción del disparo, fue una de las muertes más silenciosas y discretas que Walter había causado en su vida.

Pero a pesar del disparo, nadie acudió. Aquél era un lugar ideal para que la gente no se enterase de nada. Walter volvió a encajar bien el revólver en la funda y miró a Salomé Wingate.

—Lo siento —musitó—. No ha sido un espectáculo muy instructivo, que digamos.

—¿Cómo sabía que Pinkerton estaba aquí?

—Iba hacia la penitenciaría para hablar con él cuando le he visto salir muy decidido. Entonces le he seguido, y al ver que entraba aquí, he decidido esperarle.

Los labios de Salomé temblaron.

Se daba cuenta de que aquel hombre podía ser un terrible peligro para Gunnar. Acababa de verle disparar y estaba segura de que era un verdadero diablo. Claro que si ella fuese lista y consiguiera eliminarlo aquella misma noche…

Trató de sonreír, haciendo que su postura fuese lo más seductora y provocativa posible.

—Me ha hecho usted un gran favor —susurró.

Walter apenas la miró.

Estaba registrando el cadáver de Pinkerton por si encontraba algo de interés relacionado con el paradero de Gunnar. Lo único que halló, y que le llamó la atención enseguida, fue la carta dirigida por Starck. En especial le llamó la atención por venir del que a aquellas horas podía haber sido ya su suegro.

A pesar de la penumbra, su vista de halcón le permitió leerla rápidamente. Y se dio cuenta de que, en aquella carta, escrita de compinche a compinche, había pruebas suficientes para desmantelar el trust y hacer que no volviera a resurgir más. Le bastaría enseñarla al gobernador para que todos aquellos negocios turbios se fueran al diablo.

Y en ese momento se alegró de no ser el yerno de Starck. Se alegró de no estar metido hasta los huesos en aquel mejunje sangriento.

Salomé Wingate, mientras tanto, hacía trabajar su cerebro frenéticamente.

Buscaba un medio de acabar con aquel hombre, pero no tenía ningún arma a mano. Las únicas de que podía disponer eran sus armas de mujer, que no resultaban despreciables ni mucho menos. Por eso resolvió emplear la astucia.

—¿No quiere saber por qué me perseguía Pinkerton? —susurró.

—¿Por qué?

—Le parecía demasiado hermosa.

—Lo cual indica que ese perro tenía buen gusto. ¿Vive usted en este hotel?

Ella mintió:

—Sí.

—Entonces, suba a su habitación. No se preocupe por el cadáver, ¿sabe? Yo le desembarazaré de él.

Salomé rió quietamente.

—Es usted un tipo extraño, Walter.
—¿Por qué razón?
—No me deja demostrarle que estoy agradecida.
—Ya me lo demostrará otro día, hermana.
—¿No quiere al menos beber una copa conmigo?
—Una copa… Eso no se desprecia. Yo creo que tengo sed atrasada desde hace años.
—Pues suba conmigo. Ah… Pero antes podría ocultar el cadáver en algún sitio.
—Claro…
Para Walter, aquello no representó ningún problema especial.
Tomó el cuerpo de Pinkerton, lo llevó a hombros hasta uno de los enormes recipientes de basura que había en el callejón, todavía vacíos a aquella hora, y lo introdujo en él, cerrando luego la tapa con un sonido cantarín que recordaba al de las campanas de un funeral.
Y ése fue, en efecto, todo el funeral que tuvo Pinkerton. Su matador no se preocupó más de él.
Salomé le indicaba la puerta.
—Sube. Podemos charlar un rato.
Los dos ascendieron por las mismas escaleras penumbrosas que antes ella empleó para huir. Sabía que el balanceo de sus caderas era obsesionante y que volvía locos a los hombres. Ahora, delante de Walter, lo exageraba. Se quedó quieta ante la puerta de la habitación.
—Pasa…
Él pasó.
Fue para encontrarse con los labios rojos, turbulentos, de Salomé Wingate, apenas hubieron cerrado la puerta.
Sólo después del segundo beso se le ocurrió a Walter comentar:
—Este *whisky* es muy bueno.
—¿Te gusta?
—Sí, pero marea.
—Tiene una ventaja.
—¿Cuál?
—Que la botella no se termina nunca.
Fue después del tercero cuando Walter preguntó:
—¿Por qué vas de luto?

—Soy viuda.

Y después del cuarto:

—Mi pésame, señora.

Ella se deslizó sinuosamente de entre sus brazos, quedando apoyada en la pared. La luz del quinqué cortaba en dos su hermoso y ondulante cuerpo.

—Eres muy peligroso —musitó.

—¿Tú crees?

—Todos los hombres que tienen un lunar en el cuello, junto a la espalda, lo son.

Walter parpadeó.

—¿Yo tengo un lunar junto a la espalda?

—Claro que sí, pero en ese lugar es lógico que no te lo hayas visto. Vuélvete un momento; te señalaré dónde.

Walter fue a volverse, sin desconfiar.

Aun estando habituado a todas las traiciones, no pudo imaginar que aquella hermosa mujer se hubiera apoderado ya de un afilado abrecartas, largo como un estilete, que había sobre la mesa de la habitación. Y menos podía imaginar aún que lo tuviera ya oculto tras su falda, en la mano derecha.

Salomé se acercó a él.

Sus ojos relucían con una especie de fiebre. Eran los ojos de una mujer para la que nada importa —ni la vida ni la muerte—, excepto su conveniencia o su deseo. Alzó la hoja de acero a punto de clavarla en el corazón de Walter.

Éste tenía una ventana frente a él. Una ventana cerrada cuyos cristales relucían tenuemente.

Aunque de una manera borrosa, vio reflejado en ellos el gesto de la mujer. Y todos sus músculos se crisparon entonces, actuando con la rapidez del hombre que siempre ha vivido entre el peligro. Su espalda se arqueó.

La hoja de acero resbaló, por ella, sin llegar a clavarse. Salomé Wingate lanzó una salvaje maldición, desde luego muy poco femenina.

El movimiento de Walter no terminó aquí. La trató a continuación como si fuera un hombre. Sujetándola por el brazo armado, la hizo dar una vuelta de campana en el aire, lanzándola contra aquella ventana. No pretendía causarle ningún daño, pero sí

dejarla desarmada. El panorama que ofreció Salomé al girar en el aire fue como pata marear a cualquiera. Cayó al pie de aquella ventana, y entonces sucedió algo que en el primer instante dejó aturdido a Walter, algo que incluso le costó creer al principio.

En la ventana acababa de recortarse la figura de un hombre que sin duda había trepado hasta, allí. Rompió los cristales con el cañón de un revólver.

Salomé balbució:

—¡Mike!

Walter había oído decir que el ayudante de Pinkerton se llamaba Mike. Seguramente debía ser aquel tipo, que queriendo decir algo a su jefe había llegado hasta allí y descubierto su cadáver. Pero ahora debía creer que entre los dos habían matado a Pinkerton. Al menos lo que hizo a continuación lo demostró así.

A través de los cristales tiró salvajemente contra Salomé Wingate. Ésta lanzó un aullido de angustia cuando la bala le atravesaba su cara de diosa. Gimió espasmódicamente, dando una vuelta sobre sí misma, y luego quedó terriblemente quieta.

Mike aún no había concluido su siniestro trabajo.

Intentó ahora balear a Walter, que suponía no habría tenido tiempo de reaccionar aún. Pero en eso se equivocaba, porque Walter era uno de esos tipos que en diez segundos reaccionan diez veces. Ya tenía el «Colt» preparado cuando Mike trató de disparar.

La bala le destrozó la cara.

Mike murió como él acababa de matar a Salomé Wingate. Su alarido se perdió en las sombras de la noche. Cayó estrepitosamente desde la ventana al callejón, donde estaba el cadáver de su jefe.

Walter se lanzó hacia Salomé. Pero ya nada podía hacer por ella.

Sus manos se movieron ágilmente, sin embargo. La registró en cuestión de segundos porque podía llevar encima algo de interés. Dejó el dinero, pero retiró un par de documentos que guardó en su bolsillo, junto con la carta de Starck.

No le convenía huir por el callejón, que seguramente se llenaría de gente. Mejor sería pasar por un cliente cualquiera.

De modo que abrió la puerta y salió al penumbroso corredor. No se dirigió a las escaleras de la parte posterior, sino a las escaleras principales.

Un tipo barbudo subía corriendo, arrastrando los pies.

—¿Qué ocurre, señor? ¿Qué es todo ese jaleo?

—¿Y usted lo pregunta? ¡Este hotel es un verdadero asco! ¡Aquí no hay quien duerma!

El barbudo le miró con sorpresa.

—Es que aquí poca gente viene a dormir, señor.

—¡Pues entonces me han engañado! ¡Váyase a la porra!

Y salió muy dignamente, haciéndose el ofendido. Un momento después galopaba a toda velocidad en dirección a la llanura.

CAPÍTULO XV

Llevaba dos días enteros siguiendo el rastro, por los alrededores del Cimarrón. Estaba seguro de que Burns no podía andar lejos. Cada vez el cerco de Walter se hacía más estrecho, más implacable. Habituado a perseguir y a que le persiguieran a él, sabía cuándo un hombre está a punto de caer.

Y sabía que Burns no tardaría. Debía estar destrozado y hambriento. En los últimos tiempos no había podido acercarse a ningún lugar civilizado, por lo que iría perdiendo la serenidad poco a poco y acabaría cometiendo alguna imprudencia.

Si a Walter le hubieran preguntado por qué tenía tanto interés en cazar a Burns, no hubiera sabido responder.

Y, sin embargo, se repetía una y otra vez que la razón era muy sencilla: Starck podía ser un malvado y un maldito zorro, pero tenía dinero, montañas de dinero. Con lo que él sabía a través de la carta que tenía en su poder, y llevándole además el cadáver de Burns, Starck no podría oponerse a que se casara con su única hija. Era el camino de la fortuna mirara por dónde se mirara. El camino del gran dinero. Y el gran dinero era lo único que le había importado a Walter desde que nació.

Por el dinero se había metido siempre en líos. Por el dinero había tenido que matar a una serie de hombres en defensa propia, y por el dinero estaba reclamado en diversos lugares, aunque sin demasiada razón. Ahora que estaba a punto de conseguirlo, ¿iba a volverse atrás?

No, Walter ni siquiera concebía eso. Y, sin embargo, se sentía cada vez menos feliz, como si todo paso dado en contra de Burns fuera un paso dado en contra de sí mismo.

Al fin decidió no pensar; dejarse llevar por el instinto. Si él no

mataba a Burns, lo mataría otro, de modo que decidió seguir con la cacería.

Y así llegó aquella noche, cuando Walter divisó a lo lejos una vieja casa medio en ruinas. Y así llegó aquella noche, cuando los acontecimientos se precipitaron de una condenada vez.

Cuando un hombre lleva dos días y dos noches atravesando las interminables llanuras de Kansas, agradece el encuentro de una casa, aunque ésta se halle medio en ruinas y aunque deba suponer que en ella habitan varias ratas y quizá alguna serpiente. De modo que Walter se dirigió hacia allí.

Liberó a su caballo de la silla, lo dejó libre y él tomó la manta para envolverse en ella y tumbarse a dormir bajo techo.

El día siguiente sería muy malo. Quizá decisivo.

Él partía de la base de que Burns había de encontrarse muy cerca de allí, quizá en un radio de unas diez millas.

Pero lo que estaba lejos de imaginar era que lo tuviera tan cerca.

Que estuviese materialmente junto a él, en aquella misma casa.

CAPÍTULO XVI

Todo sucedió muy velozmente, como nos ocurren en la vida las cosas decisivas. Fue instantáneo, y Walter apenas tuvo tiempo de darse cuenta. De pronto, aquel revólver se clavó en su espalda, cuando estaba indefenso porque se disponía a envolverse en la manta.

Se estremeció.

Le bastó sentir el contacto firme y duro del revólver para saber que estaba manejado por una mano experta.

La voz metálica dijo a su espalda:

—No se mueva.

—No pensaba hacerlo…

—Usted es Walter.

—Vaya… Resulta que me conoce muy bien. ¿Y usted quién es?

—Me llamo Burns.

Walter se estremeció. Se dio cuenta de que ahora sí que estaba listo.

Un hombre acorralado, como Burns, nunca perdona. A un hombre condenado a muerte no le importa causar una víctima más. Y eso significaba que Burns dispararía sin vacilar un segundo.

Precisamente ahora… ¡Precisamente ahora, cuando iba a convertirse en millonario, cuando creía que lo tenía todo resuelto!…

Pero no tembló. Después de la primera sorpresa, se mantuvo impasible, como el que ha perdido la última baza de póquer. El acto final del drama había llegado ya. ¿Para qué quejarse?

Murmuró:

—Bueno… ¿a qué esperas para apretar el gatillo, Burns?

El otro no contestó.

La presión del cañón en su espalda se hizo más dura, más insistente.

Walter pensó:

«Ahora… ahora, maldita sea…»

Pero las sorpresas no habían hecho más que empezar para Walter, una de las más violentas de su vida la tuvo apenas unos segundos después, cuando Burns bajó bruscamente el cañón del revólver.

—Señor Walter… —dijo.

—¿Qué te pasa?

—Quiero rendirme.

—¿Qué quieres ren… rendirte?

—Sí… Pero solamente a usted.

Walter abrió mucho la boca. Se sentía tan asombrado que no pudo ni hablar en el primer instante. ¿Qué diablos era aquello? ¿Una broma? ¿Quería Burns burlarse de él antes de pegarle un tiro?

Pronto, al volverse, se convenció de que no.

Burns había bajado el revólver.

Estaba destrozado, hundidos. No era un hombre, sino un fantasma. Y ni siquiera se había acordado de desarmar a Walter.

—Ya no puedo más… —susurró Burns—. No puedo más… Mi vida no tiene sentido. Desde que ocurrió lo de… lo de…

Walter dijo, asombrado, con un soplo de voz:

—¿Lo de su mujer? ¿Es que lo sabe?

—Sí… He ido sabiendo cosas durante mi fuga. Y he sabido también que usted procuró vengarla.

—Ya está casi vengada, Burns… Sólo falta uno de los que lo hicieron.

—Por eso no me he entregado antes. Porque yo también buscaba a aquel buitre… Pero ya no puedo más, se lo repito. Lléveme adonde sea, entrégueme al *sheriff* o al juez. Después de todo, ya no me importa vivir…

A Walter le dio pena aquel hombre. Le dio una pena honda, hiriente. Con voz débil, musitó:

—Te prometo que tendrás un juicio imparcial, Burns. No es seguro que vayas a ser condenado a muerte, puesto que tengo pruebas que demuestran los manejos del trust. Confía en mí…

Burns dijo, con la cabeza hundida sobre el pecho:

—Como usted quiera, señor Walter.

Los dos salieron de la cabaña. La noche parecía más clara, más limpia que ninguna otra noche de Kansas. En el cielo brillaban millones de estrellas.

Ahora que todo había acabado, a Walter le parecía como si el paisaje fuera más hermoso.

¿Acabado?

¿Qué era aquella silueta que se acercaba sigilosamente por un lado de la choza? ¿Qué era aquel leve reflejo metálico?

Burns fue el primero en ver brillar el «Colt». Gritó:

—¡Cuidado!…

Pero el hombre que le había estado buscando desde el principio, el hombre que le había encontrado al fin, fue implacable. Tenía todas las ventajas y las aprovechó. Disparó a quemarropa.

Se oyó un estampido parecido a un taponazo, tan cerca estaba el cuerpo de Burns.

Su ropa casi ahogó la detonación. El balazo le atravesó el corazón de lado a lado, haciéndole dar un terrible brinco, como si un vendaval lo arrastrase.

Gunnar fue a disparar otra vez, pero ahora contra Walter. Seguía teniendo todas las ventajas. Su enemigo aún tenía que «sacar», mientras que él ya empuñaba el «Colt».

Pero no contaba con la rapidez de Walter. No contaba, sobre todo, con que éste había soñado matarle desde la primera vez que oyó su nombre.

Y ahora que lo tenía delante no perdería su oportunidad. Saltó de costado, mientras la bala le rozaba.

Él apretó el gatillo a través de la funda. La bala perforó el brazo derecho de Gunnar, que tuvo que soltar el «Colt».

Walter lo vio caer. Lo vio retorcerse en el suelo, mientras miraba como obsesionado el negro ojo del revólver.

—Noooo… —gritó—. ¡No puedes tirar! ¡Nooo!…

Walter dijo lentamente:

—No, muchacho.

—¡Sería un asesinato!

—Sí, muchacho.

Había vivido otra vez aquella escena. La había vivido en un hotel, una tarde de ciego sol, cuando liquidó a una hiena con figura

de hombre.

—¡Tienes que entregarme! ¡Prometerme un juicio imparcial!

—Claro, muchacho.

Y añadió suavemente:

—Mi pésame, muchacho.

Le, descargó encima todas las balas que llevaba en el cilindro. Luego, mientras se disponía a soplar en el cañón del revólver, musitó:

—Al fin y al cabo, iban a ejecutarte cuando Pinkerton te dejó escapar. Sentencia cumplida…

Y respiró hondo.

Bien, ya estaba todo terminado. Ya tenía motivos para sentirse satisfecho. Starck se arrastraría a sus pies en cuanto le viera llegar. Le ofrecería lo que quisiese. Le pediría por favor que se casase con su hija, nombrándole heredero encima.

Era el fin, un fin tan hecho a su medida que no pudo soñar otro mejor.

¿Pero por qué no se sentía satisfecho? ¿Por qué sólo tenía deseos de pegar puntapiés a las piedras?

¿Y por qué, cuando se dispuso a enterrar a los dos hombres, no le hubiera importado que le enterrasen a él?

¡Era un idiota!

Se lo había estado repitiendo una y mil veces durante todo el camino. Era un idiota integral, el más grande que había pisado Kansas. ¿Por qué en lugar de aprovechar las pruebas que tenía contra Starck en beneficio propio, había enviado la carta al gobernador? ¿Por qué había consentido que Starck se arruinara, si él no ganaba nada con eso? ¿Por qué había decidido olvidarse de su hija, a la que siempre vio como un simple saco de billetes?

¡Sí, era un idiota!

¡Un hombre con sentido común no hace eso!

Pero él lo había hecho. Y avanzaba hacia aquel rancho. Y encima pensaba que era feliz.

Sheila estaba allí, con el pequeño. Llevaba dos pesados baldes de agua. Sheila, como siempre, trabajaba y no se quejaba. Sheila, la pobre muchacha que nunca había pedido nada para sí misma…

Le vio llegar y tuvo una exclamación de sorpresa. Los dos baldes resbalaron de entre sus dedos. Toda el agua se derramó.

—Walter…

Walter dijo una sola frase:

—Arréglate, Sheila Wingate. Nos vamos.

—¿Sheila Wingate? ¿Có… cómo sabes que me llamo así?

—Tu hermana, Salomé, tenía un certificado de nacimiento. Y en él se hablaba también de una hermana, una hermana llamada Sheila. Entonces lo comprendí todo.

Descendió del caballo y se acercó a ella, tomándola dulcemente por los hombros.

—Comprendí por qué habías ayudado a Gunnar —susurró—. Porque no querías que ese pequeño se quedara sin padre. Pero el hijo no era tuyo, sino de Salomé. Ella lo abandonó y tú lo recogiste, ¿verdad? Hubieras hecho cualquier cosa, hubieras pasado por todo con tal de que el pequeño no sufriera…

Ella hundió la cabeza. No necesitó hablar, porque sus ojos lo decían todo. Sus ojos, empanados por las lágrimas…

—Sé que Salomé murió —susurró, al cabo de unos instantes.

—Sí, y yo la vi morir, pero puedo asegurarte que no estuvo en mi mano hacer nada por evitarlo. De todos modos, el pequeño ni se enterará. La madre no es la que nos trae al mundo, sino la que nos cuida y se sacrifica por nosotros, la que realmente nos ama… Tampoco sentirá lo de Gunnar. Dentro de unos años, cuando oiga ese nombre, no significará nada para él.

Apretó con más fuerza los hombros de Sheila, atrayéndola hacia sí.

Y añadió suavemente:

—Una vez me dijiste que estaba enamorado de ti, muchacha. Me impresionó que lo dijeras, porque precisamente era la verdad. Pero entonces no quise creerte… ¿Quieres dejar que lo crea ahora? ¿Quieres dejar que te lo demuestre?

Los ojos de la muchacha se alzaron hacia él. Y las lágrimas se extinguieron muy poco a poco, mientras en aquellas pupilas nacía una nueva luz.

Y Sheila susurró:

—Conmigo vas a poder demostrar lo que te de la gana…

FIN

UNA HERMOSÍSIMA MUCHACHA
QUE LUCHA POR NO SER COMO SU MADRE:
¡UNA MUJER DE LA VIDA!



¡TODOS LOS HOMBRES LA DESEAN Y TIENE QUE DEFENDER SU VIRTUD DE LAS MAS VILES ACECHANZAS!

¡PERO EN SU CORAZÓN ANIDA UN AMOR PROFUNDO... QUE PUEDE HUNDIRLA EN EL FANGO!

LORENA

ES UN APASIONANTE RELATO ESCRITO POR CORIN TELLADO. UNA NOVELA QUE EMOCIONA A TODAS LAS MUJERES Y QUE PUBLICA SEMANALMENTE EDITORIAL BRUGUERA.

ESCUCHE SU VERSIÓN RADIOFÓNICA
A LA HORA DEL SERIAL
POR LAS 65 EMISORAS DE LA "REM-CAR" Y "CES"

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

Impreso en España